

Una mirada Agustiniana para el hombre Colombiano

Orlando Enar David Solarte



Una mirada Agustiniana para el hombre Colombiano

Orlando Enar David Solarte

Título de la obra

Una mirada agustiniana para el hombre colombiano

Esta obra deberá ser citada de la siguiente manera:

David Solarte, O.E. (2022). Una mirada agustiniana para el hombre colombiano. (Primera edición). Editorial Universidad de la Amazonia. 100 pp. Tamaño (13 x 20 cm).

Incluye bibliografía.

© Editorial - Universidad de la Amazonia

© Orlando Enar, David Solarte

Autor(es):

David Solarte, Orlando Enar (Universidad de la Amazonia - o.david@udla.edu.co)

ISBN (Digital): 978-958-5484-56-6

ISBN (Físico): 978-958-5484-55-9

Número y año de edición: Primera edición, 2022.

Diagramación y diseño de cubierta: Julián Penagos García

Prólogo

Monseñor Omar de Jesús Mejía Giraldo

Arzobispo de la Arquidiócesis de Florencia - Caquetá

Corrección de Estilo

Mg. Luz Elida Vera Hernández

Directora - Revista UNIMAR

Universidad Mariana

Universidad de la Amazonia
Vicerrectoría de Investigaciones y Posgrados
Editorial Universidad de la Amazonia
Campus Porvenir: Calle 17 Diagonal 17 con Carrera 3F - Barrio Porvenir
Contacto: vrinvestigaciones@udla.edu.co



Prohibida la reproducción total o parcial de este con fines comerciales.

Su utilización se puede realizar con carácter académico, siempre que se cite la fuente. Para la reproducción con cualquier otro fin es necesaria la autorización del autor. Protegido por la Ley 23 de 1982 Sobre Derechos de Autor.

"El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del (los) autor(es) y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de la Amazonia, ni genera su responsabilidad frente a terceros. El (los) autor(es) asume(n) la responsabilidad por los derechos de autor y conexos contenidos en la obra, así como por la eventual información sensible publicada en ella" Florencia, Caquetá, Colombia.

Impreso y hecho en Colombia

Printed and made in Colombia

El autor expresa sinceros agradecimientos a la Universidad de la Amazonia por su compromiso frente al desarrollo investigativo y en especial, a la Facultad de Ciencias de la Educación y al Programa de Licenciatura en Ciencias Sociales por brindarle la oportunidad de dar a conocer su pensamiento Filosófico y Humanístico a sus estudiantes en cada uno de los programas donde ha impartido su cátedra dentro del Alma Máter.



CONTENIDO | CONTENIDO



Presentación Presentación	8
Prólogo Prólogo	10
Introducción Introducción	11
Capítulo 1. Actualidad agustiniana	19
Capítulo 2. El ser del hombre colombiano	27
Capítulo 3. San Agustín y el yo personal	36
Capítulo 4. San Agustín y el yo comunitario	49
Capítulo 5. San Agustín y el yo político	56
Capítulo 6. San Agustín y el yo infinito	65
Capítulo 7. Propuesta de proyecto de vida para el hombre colombiano	77
A manera de conclusión A manera de conclusión	86
Referencias bibliográficas Referencias bibliográficas	92
Bibliografía Bibliografía	
Anexos Anexos	99

La Filosofía Agustiniana

La Filosofía Agustiniana

Se inspira en las fuentes clásicas y cristianas, y es el resultado de una grandiosa visión teológica y filosófica, vivida en la concentrada intensidad de una vertiginosa experiencia interior. En busca de la verdadera naturaleza de la palabra, Agustín llega hasta la palabra que nace en la intimidad de la mente y en ella está custodiada, reflejo de la palabra creadora en que todo ha sido pensado y hecho. A la luz de este núcleo calificador es posible percibir la fuerza de choque, que tal filosofía del lenguaje ha desarrollado a lo largo de los siglos, las orientaciones a cuya fecundación ha contribuido y aquellas otras que ha obstaculizado.

El santo fascinado por su propia doctrina de la iluminación interior, que será una de las constantes de su filosofía. Agustín da un nuevo planteamiento a la función que la palabra desempeña en la comunicación de la verdad, convencido de que nadie puede ser doctor, enseñar, si bien todos sean doctos, enseñados. La comunicación de la verdad depende del poder irradiador que el maestro

interior ejerce: Cuando se trata de lo que percibimos con la mente, esto es, con la inteligencia y la razón, hablamos, por supuesto, de lo que observamos presente en esa luz interior de la verdad, por la que es iluminado y de la que disfruta el denominado hombre interior (Agustín, de Mag. 12,40).

Toda enseñanza es sólo estímulo y ocasión, para que las actitudes, capacidades y la verdad interior del hombre vengan puestas a prueba y despertadas. Si la enseñanza no pone en movimiento el proceso interno del yo, amonestado por la palabra a que busque en sí mismo la verdad, parece que fracasa en su objetivo. La enseñanza del maestro, estima Agustín, es una actividad; el acto de aprender por parte del discípulo es otra muy distinta. No es el discípulo un mero recipiente pasivo del conocimiento impartido por el maestro. La enseñanza se completa en la escuela interior de la mente, donde se da o niega el asentimiento a lo que se oye de fuera. Se aprende, concluye Agustín, 'consultando' interiormente la verdad que reina en la mente. Queda de esta manera abierto el camino para llegar al Maestro interior, que es el dueño de las palabras y del verbo interior. Este Maestro es Cristo, la sabiduría de Dios, que se comunica a cada alma en proporción de su buena o mala voluntad. La verdad no es engendrada por las palabras del magisterio humano, sino por la presencia de la Verdad interior, que trasciende el alma.

PhD. Padre Enrique Arenas - OAR
Uniagustiniana - Rector
Bogotá D. C.

Agradezco al profesor Orlando Enar David Solarte, el honor que me concede al darme la oportunidad de leer su obra: *Una mirada agustiniana para el hombre colombiano*. Como su título lo indica, se trata de un acercamiento al gran filósofo, teólogo y pensador Agustín de Hipona, más conocido como San Agustín. El autor, en su texto nos ofrece una mirada seria, objetiva e interesante del gran sentido y valor que tiene para el hombre colombiano conocer en la historia el aporte filosófico que como pensador del siglo IV nos hace Agustín, sobre todo a quienes estamos insertos en la cultura occidental. Es imposible para una persona de occidente desconocer el pensamiento de San Agustín, ya que, junto con Santo Tomás, es uno de los pensadores que más ha influenciado en la cultura de esta parte del mundo.

El Magíster Orlando Enar, en su obra, deja ver su gran dedicación que desde joven ha tenido por el estudio de las Ciencias Humanas y Sociales. Orlando Enar, nace en una familia de grandes valores humanos y cristianos, de joven ingresa al seminario y allí conoce al filósofo y santo. Agustín fue un gran buscador de la verdad, hasta que un día se encuentra con el Evangelio a través de la predicación de San Ambrosio y es allí donde conoce a Jesús de Nazareth, quien a partir del momento en que se encuentra con él, le da sentido a su vida para siempre. “Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé, yo te buscaba fuera de mí y tú estabas más dentro de mí que mi misma intimidad”.

Es una exclamación en la cual Agustín expresa todo el sentido de su pasado, un pasado lejos de Dios, quien a partir de su encuentro le da sentido a su vida. San Agustín nos cuenta, en “Las confesiones”, todo el valor y sentido que adquiere su vida a partir del encuentro personal e íntimo que tiene con el gran “otro” o con el trascendente, con el no-tiempo, con el eterno, como lo podemos contemplar en la obra que usted querido lector se aproxima a leer.

La obra nos permite conocer y contemplar la figura de San Agustín como filósofo, pensador, santo, político, hombre comunitario... Tanto esta obra de Orlando Enar como todo el pensamiento del San Agustín es de gran valor para el hombre colombiano. Como colombianos conocemos los enormes valores y las grandes potencialidades que posee nuestra región; pero tampoco podemos desconocer las grandes dificultades y problemáticas que poseemos. De hecho, en el hoy de nuestra historia colombiana, existe una lamentable polarización política, la cual durante varios años ha venido gestando entre nosotros grandes fenómenos de violencia y de aporte de dolor y sangre a nuestras familias.

El autor en el texto nos ofrece una valiosísima reflexión, la cual nos pone en actitud de discernimiento frente a la realidad y frente a la responsabilidad que todos tenemos para sacar adelante nuestro país. Orlando Enar, además es un maestro, esto le ha servido para poder escribir una obra que no se limita a ser un simple constructo teórico, sino también un aporte significativo en el campo de la pedagogía y la educación de las nuevas generaciones. Durante el desarrollo de su argumento, que tiende, sobre todo, a ser un aporte para la educación, el autor, en su obra invita a realizar un acercamiento desprevenido, libre, voluntario a la obra literaria de San Agustín y desde él, intuir y aprehender la pedagogía de la formación integral, un hecho tan necesario en la educación del hombre colombiano.

La obra nos convoca a leer a fondo a San Agustín y desde él, comprender la necesidad que tiene hoy el hombre colombiano de volver al sentido de eternidad. La verdad es que, en Colombia, nos hemos dejado dominar, en gran medida, por el afán desmesurado de poder, placer y plata. La obra de Orlando Enar, pone al lector de cara a sí mismo, y de cara a los demás. El ser humano es comunitario y como tal, es un ser político por naturaleza. La política es el arte del buen gobierno, de la búsqueda del bien común. La política es innata en el ser humano. No puede existir una persona apolítica, no, porque todos estamos insertos en el mundo. Lo maravilloso del texto es que nos invita a ir precisamente a lo político y no a lo politiquero, realidad que desde hace muchos años aqueja a Colombia. El texto se hace actual, real e interesante precisamente, porque lo que busca es una aplicación práctica sobre todo en el campo de la educación y la pedagogía. “La necesidad de enseñar es lo que debe mover al verdadero político”. ¿Será ésta la certeza de quienes aspiran a un cargo público? Al leer el libro, al ver las noticias y al sentir el rigor de las circunstancias de hoy, cada uno puede dar su propia respuesta.

La invitación final es para usted querido lector, ánimo, emprende el acercamiento a este buen texto que, leído críticamente, con atención, dedicación y con buen criterio, puede ser un buen medio para iluminar el proyecto de vida de quien se acerca a él y de quienes comparten la ilusión de ser parte de la solución de la problemática colombiana y no parte del problema. Una exhortación más: por favor, descubra en el texto el gran amor por profundizar el pensamiento de San Agustín, con seguridad que le servirá en gran medida, para encontrarle sentido al don de la fe, tanto como realidad trascendente, pero también como realidad inmanente.

Es necesario creer en Dios, cierto. Pero también es urgente

que entre nosotros los colombianos recuperemos la fe en la causa, la fe en las instituciones, la fe en los demás, la fe en la historia. Colombia en paz la construimos todos, con nuestro aporte cotidiano. Este buen texto nos impulsa a sentirnos artesanos de la paz y constructores de una sociedad nueva, pujante entusiasta y educada integralmente. El texto nos anima a volver a la originalidad de nuestro ser y desde dentro, impulsar el cambio externo que todos los colombianos necesitamos en el hoy de nuestra historia.

Omar de Jesús Mejía Giraldo.
Arzobispo de la Arquidiócesis de Florencia, Caquetá

San Agustín más que un ayer, es un hoy que se hace presente día a día en los diferentes modelos filosóficos de la época contemporánea. Su pensamiento, su estilo, sus escritos son el gran compendio dialéctico que rige en gran parte el marco, tanto teórico como ideológico, del nuevo filosofar, dando a luz y haciendo partícipe a la Filosofía agustiniana de las más afinadas corrientes filosóficas que sorprenden nuestra época.

En este sentido, es menester destacar, la importancia que posee el pensamiento de San Agustín, ya que sus grandes teorías en torno a la Filosofía y la Teología han ejecutado un marco existencial en el contexto del ser humano.

Como un gran pensador, San Agustín posee un punto inicial en el despertar filosófico y teológico, que se aprecia con gran exactitud en las tres categorías de su reflexión: Dios, hombre y mundo; puntos claves, que deleitaron su existencia, para de esta forma, dar principio y partida hacia el gran encuentro con la verdad eterna y absoluta.

El vestigio recorrido permitió a San Agustín, ahondar con fuerza y rigor su formación espiritual, llegando así, a la identificación plena y total con el maestro Jesucristo, ejemplo de amor y humildad en medio de todos los hombres.

“Teólogo y filósofo místico próximo al neoplatonismo, cimera insigne de la patrística. Toda su concepción del mundo presenta un carácter netamente fideísta y se subordina al principio: “sin fe no hay conocimiento, no hay verdad”. Sus ideas constituyen una de las fuentes importantes como inspiración de la escolástica. En su obra *La ciudad de Dios*, Agustín desarrolló la concepción cristiana de la historia mundial, entendida en un sentido fatalista como resultado de la predestinación divina. A la ciudad terrena, al mundanal estado “pecador”, contrapone la ciudad de Dios, el dominio mundial de la Iglesia. Esta doctrina constituyó una poderosa arma en la lucha de los Papas contra los feudales seculares. La influencia de San Agustín sobre el desarrollo ulterior de la teología cristiana ha sido enorme. Todavía en la actualidad la obra de San Agustín es ampliamente aprovechada por los eclesiásticos, tanto protestantes como católicos. (Rosental y Iudin, 1967, p. 7).

Entendido en esta perspectiva, San Agustín no se constituye como ese pasado muerto, sino como ese presente que diferentes religiones optan por leer, vivenciar y seguir. Su historia de manera relevante, lo ha constituido como el hombre emblemático de su tiempo, del cristianismo y de la filosofía, facultad insigne de su pensamiento.

Sus ideas, esbozo de su originalidad, ricas y abundantes dejan a través de la historia un vestigio recóndito en todas las cosas donde se pone de manifiesto la gama existencial del pensamiento.

La filosofía y la teología medievales, es decir, lo que se ha llamado la Escolástica, toda la dogmática cristiana, disciplinas enteras como la filosofía del espíritu y la filosofía de la historia, ostentan la marca

inconfundible que les imprimió; más aún el espíritu cristiano y el de la modernidad están influidos decisivamente por San Agustín; y tanto, la reforma como la contrarreforma han recurrido de un modo especial a las fuentes agustinianas. (Álvarez, 2004, p. 51).

A raíz de toda la variedad bibliográfica que se encuentra en torno a la figura de San Agustín, cabe resaltar la importancia que, al abordar un tema tan profundo y esencial en la vida de este pensador, se conjuga con la relación que ejerce el lector frente al desarrollo de una hermenéutica aplicada a acontecimientos que, de manera significativa, aportarán al encuentro con diferentes corrientes del conocimiento.

Si se observa el entorno social frente al siglo que afronta el hombre de hoy, referenciamos una serie de situaciones que, en lugar de proyectar valores definidos en la construcción de un hábitat natural y social y, pasando al antagonismo crítico, los antivalores son los que en muchas ocasiones están al descubierto en el hombre del siglo XXI.

A través de este aspecto, es necesario que el ser humano tome conciencia de que el mundo de hoy no necesita de personas facilistas, sino por el contrario necesita seres humanos con capacidad ética, axiológica y moral en busca del valor auténtico de la vida. Se trate de un médico, un ingeniero, un científico, una ama de casa, un monje, abad o religioso, todos tienen obligaciones que cumplir, pero todos deben tratar de emparentar su relación con el prójimo en la vida diaria, más aún, en cada momento de su existencia.

En correlación a este sentido, la visión que pretende brindar San Agustín, es un pensamiento que va más allá de lo meramente sensible, terreno y material, proyectándose

hacia lo inmanente, incontingente, inmortal y eterno, que trasciende dentro de un no tiempo para así despertar la característica de Dios. Este proceso lector hace del receptor un interlocutor con las obras de San Agustín, puesto que es necesario que él con un profundo amor hacia lo que genera pensamiento y coherencia de vida, se introduzca con gran ahínco en el arte de la lectura y la interpretación de una manera práctica y libre, en gran parte de todo lo que el arte del buen pensar implica.

Toda acción teórica en esencia propia, posee una utilidad bien definida, en este caso, la proyección intelectual aporta a mejorar todo el constructo que el hombre realiza en su coexistencia comunitaria, en su relación con los demás; es decir, lo que se pretende brindar básicamente, dentro del constructo vivencial y relación existente del ser humano en su quehacer cotidiano, es la búsqueda de ese ser auténtico e idóneo para que pueda vivenciar una realidad social en la construcción de una realidad mejor, para que así, desde el interior, aporte con radicalidad lo que el otro necesita en beneficio de su propia armonía, en la búsqueda de la paz espiritual.

La necesidad de sumergirse en un espíritu interior para fortalecer sus principios como ser humano, ha llevado en esencia a trazar lazos de motivación, donde el mismo actor se sienta interpelado por volver a su yo fundamental y, desde ahí, interiorice su parte espiritual, para que a raíz de este núcleo interpelativo, brinde y reluzca esa esencia vivificadora a un proyecto de vida con su realización futura en un equilibrio social.

Con esta actitud interpelativa, se coloca al lector toda una construcción filosófica y teológica, para construir con esfuerzo y radicalización una meta que se proyecte a conjugar y combinar lo interior con lo exterior y, así, ser el intérprete de su propia realidad.

Este itinerario, aporta un conocimiento propio para que desde la praxis aplique una nueva visión, una nueva alternativa de vida, que desde el concepto agustiniano se propenda en lograr ese inmenso beneficio espiritual, ya que la perturbación y los conflictos comienzan cuando caemos víctimas de objetos sensorios plenos de encanto y atracción. Se afirma que, si el objeto llega a nuestra mente, nada malo sucederá, pero si la mente siente demasiada atracción por él, el conflicto o problema es inevitable, ya que se vuelve repetitivo y nos puede conducir a las obsesiones y compulsiones.

Por esta razón, la teoría de San Agustín motiva a saber vivenciar dentro del mundo temporal, terreno y lujurioso, con la perspectiva de trascender hacia lo eterno, inmaterial, lo meramente espiritual, es decir, hacia la verdad suprema que se encuentra en un no tiempo poseído por la infinitud. Entendido así, debemos descubrir, nuestro ser real y no permitarnos ser engañados o seducidos por este mundo exterior nunca más, practicando el discernimiento, desarrollando un ser interior que nos permita el enriquecimiento de nuestra alma en el siempre anhelado significado de vida, que le pueda dar sentido a la existencia.

Actualidad Agustiniana

Actualidad Agustiniana

Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de ti, para ti y por ti; esa es y no otra. Más los que piensan que es otra, otro es también el gozo que persiguen, aunque no el verdadero. (San Agustín, s.f. Confesiones. Libro X 22, 32)..

Agustín vivió una gran agitación de trabajos, de estudios, placeres e inquietud por la verdad; en su libro: *Las Confesiones*, está detallado este constructo existencial; también muestra la tendencia habitual que es caminar hacia fuera, lejos de Dios y el resultado es el hombre actual, tenso, con consecuencias desastrosas, frente a las relaciones humanas y a Dios, para quien reserva palabras deprisa y de nerviosismo. Nuestra sociedad de consumo y tecnócrata nos esclaviza y nos arrastra hacia fuera; todo esto crea en el hombre la guerra interior, donde pierde la paz y camina fuera de su verdadero proyecto de vida.

Agustín, desde este punto de vista nos invita a caminar

hacia el interior, a buscar el punto de equilibrio de proyecto de vida y del hombre; solo así este individuo podrá renovarse interiormente, si respeta el dominio de la razón, sobre todo aquello que va en contra del espíritu, es decir, que subyugue por medio de la razón la concupiscencia que el mundo exterior nos ofrece.

De esta manera, San Agustín invita a comprender que las cosas creadas, terrenas, no son un obstáculo para la ascensión del hombre hacia Dios, por el contrario, teniendo dominio sobre ellas se puede ascender hacia lo espiritual.

San Agustín, no es un autor que se ha quedado como un simple anaquel de biblioteca a lo largo de la existencia humana, sino que, por el contrario, ha sacudido diferentes pensamientos con el fin de cuestionar el cauce tanto filosófico como teológico de diferentes pensadores que se han detenido a reflexionar en sus diversas obras, para así especificar el verdadero pensamiento agustiniano del hombre de hoy.

En el *Tratado sobre la verdad en San Agustín*, el autor manifiesta:

La inquietud que siempre profundizó el gran Doctor de la Iglesia (San Agustín) para encontrar esa verdad que siempre anduvo buscando a través de diferentes caminos, pero que al fin la encontró en ese ser superior como lo es Dios, Señor y creador de todo en medio de ese gran todo. (Capanaga, 1979, pp. 51-65).

En otro de los muchos escritos, encontramos que Ángel Martínez Cuesta, por su parte manifiesta que:

Toma diferentes episodios de suma relevancia manifestados en las “*Confesiones*” y realiza una descripción en el ámbito teológico, de cómo el hombre del hoy debe proseguir el camino de su propia conversión, para así

proyectar su esencia de vida en el servicio hacia los demás, teniendo en cuenta que el hombre actual es un ser que por esencia es un ente que está abatido en medio de la entropía existencial, debatiéndose con un sin número de manifestaciones que día a día lo van sacudiendo para que así pueda proseguir y a raíz del ejemplo manifestado en el tratado de las Confesiones, él realice una propia conversión para así llegar a una meta propuesta de lo que significa en esencia una auténtica Conversión Agustiniiana. (Martínez, 1988, p. 110).

Brincai, en un escrito realizado en la Universidad Gregoriana de Roma, toma como punto fundamental la obra de San Agustín denominada: *La vida feliz* y en torno a ella:

Realiza un análisis hermenéutico, desenglobando las diferentes facetas que posee el hombre para llegar a Dios, según ellas el hombre desde su nacimiento se va debatiendo alrededor de las etapas posteriores como son la infancia, la adolescencia, la juventud, la adultez y por último la edad senil, donde por medio de éstas, el ser humano se encuentra con la verdadera vida feliz que busca desde el momento de su nacimiento hasta el momento de su muerte, para así desarrollar toda la potencialidad espiritual que se anhela con el paso de la vida temporal a la vida atemporal. (Brincai, 1982, pp. 90-95).

Por otra parte, Victorino Capánaga es un sacerdote Agustino Recoleta que por varios años de su existencia se ha entregado de lleno a las obras agustinianas, obteniendo diferentes títulos en torno a esa figura tan importante de principios de la edad media. Con su obra *El maestro*, Capánaga (1984) realizó un análisis hermenéutico donde específica “la meta que posee el hombre para llegar desde Jesucristo a la verdadera esencia trascendental que se proyecta con relación a la inquietud que presenta todo hombre para encontrar su plena felicidad” (pp. 50-55).

San Agustín hace parte de grandes lumbreras de la historia filosófica y teológica y por ello, es tenido en cuenta en muchas universidades de carácter cristiano, y se observa que en la Universidad de Salamanca, diferentes autores se han inquietado por interpretar hermenéuticamente a San Agustín, y en esta instalación educativa Agustín Trapé (1989), realizó una serie de reflexiones desde tres ópticas bien definidas: desde el plano antropológico, pastoral y contemplativo, “donde nos muestra la esencia radical de la labor Agustiniiana, de cómo el hombre debe convertirse en un verdadero pastor y desde el plano espiritual alcanzar la felicidad eterna, proyectada en la esencia vivificadora de Dios”. (pp. 10-15).

A su vez, Enrique Arenas, sacerdote Agustino Recoleta de Colombia escribe una monografía titulada: “*Agustín Maestro de pedagogía*”, donde trabaja y plantea que la educación debe estar orientada hacia la formación y desarrollo del individuo; o sea que la actividad cognoscitiva debe salir del simple conocimiento y del saber de las cosas, para proyectarse hacia una sensibilidad que nos permita la creatividad, la imaginación y desde luego, la afectividad, que busca una formación integral del individuo dentro del proceso educativo, lo cual nos permite que no se atrofie las demás facultades mentales como son: el pensamiento, la razón y la inteligencia del hombre (Arenas, 1995, pp. 43-55).

En la *Revista Augustinus*, publicada por los Padres Agustinos Recoletos, se encuentran diversos escritos o referentes teóricos en torno a la figura de San Agustín; a saber:

- *Asiedu* escribe un tratado denominado:

El Hortensius de Ciceron, la filosofía y la vida mundana del joven Agustín, en el cual especifica que

San Agustín dentro de su ser interior brilló una luz destinada a la búsqueda de la verdad, esa verdad dentro de la obra el Hortensius, jugó un importante papel al estimularle para que San Agustín pueda ponerse en marcha hacia la filosofía y, mediante esto, hacia Dios, sabiduría inmortal, después de todo era sencillamente un libro cualesquiera al que cupo la suerte o fortuna de encender una llama en la mente de Agustín, cuando esta mente estuvo preparada para poder ser inflamada. Es preciso que el mismo San Agustín recalca esto cuando en el contexto de la descripción de escena final de su conversión recuerda su lectura del Hortensius. (Asiediu, 2000, pp. 5-6).

Burnell, basándose en la obra *La Ciudad de Dios*, hace una descripción de la sociedad y la familia, afirmando que la ciudad de Dios es la sociedad civil; entonces, Agustín dice que, dado que la familia de una misma casa es una parte componente de la sociedad civil, debe tomar sus preceptos de las leyes de la ciudad. Aquí podemos ver que las reglas o leyes se conciben en su acción desde afuera hacia la familia, es decir, desde lo público hacia lo privado. Ahora, en la sociedad del Nuevo Testamento que ofrece San Agustín, la Iglesia es ahora la ciudad de Dios sobre la tierra, esto lo dice San Agustín sin la necesidad de probar lo anteriormente afirmado (Burnell, 2000, pp. 27-28).

- Moisés María Campelo (2000), por su parte, manifiesta que:

San Agustín ve en la oración del Padre Nuestro una oración como cualquier otra, con la única condición de que sin salirse de uno mismo se podía mirar desde el interior hacia instancias superiores sobrenaturales a Dios Padre, a su Reino y a su Gloria. Pero lo que pedimos en el Padre Nuestro es que el Reino de Dios no sea una formulación vacía, sino que en nosotros y en los demás se hagan realidad la verdad, el bien, la justicia, la santidad. (pp. 41-56).

Otro de los escritores de la *Revista Augustinus*, es Álvaro de Silva (2000), quien expone en su obra *Agustín de Nuevo*, que:

La vitalidad de San Agustín de Hipona no parece haber disminuido hacia las puertas del siglo XXI; más bien la tradición agustiniana no solamente sigue en pie y en marcha con los principios doctrinales agustinianos, sino por el contrario se hacen con nuevo eco y relevancia. Agustín pudo escribir con una urgencia existencial, ya que le importó sobre manera que el hombre o el ser humano debe llegar a una verdad, y que la única verdad que libera y que fortalece nuestra existencia, es la de encontrarnos con nuestro creador, como única verdad suprema, ya que en su pensamiento refleja ese anhelo de todo ser humano de llegar a “ser”; desde luego somos un ser existencial, la única diferencia se centra en el significado de que nosotros tengamos en relación a nuestro existir, y ese significado se lo consigue absolutamente en el trascender, o sea en llegar a desterrar todo apego material, en pocas palabras, lo que concierne a lo terrenal. Por esta circunstancia el nuevo enfoque Agustiniano nos incita o nos impulsa a que nosotros busquemos a través de nosotros mismos y de nuestro Dios Padre, la eternidad. (pp. 91-94).

Hubertus Drobner (2000) nos habla de la cronología de los 559 sermones ad populum de San Agustín. Es cierto que es imposible analizar la cronología de todos los sermones antes mencionados, por lo tanto, presenta un número pequeño selecto de ejemplos e intentando sacar de ellos algunas conclusiones generales que puedan brindar un perfil teórico de San Agustín y a raíz de ello, poder decir que todos sus escritos, son imposibles de que puedan presentarse en forma embrional, o sea seguir una secuencia lineal; no obstante, todos sus ensayos nos llevan a la búsqueda del Ser Supremo, como esencia y significado de nuestro transcurrir (p. 106).

Josef Lössl (2000) narra que:

En los niños el bautismo no era necesario en absoluto, puesto que habría una capacidad innata y natural en los humanos para el arrepentimiento, la penitencia y la conversión, sin la adicional ayuda sacramental o bautismal. Habla que la muerte por el pecado original no es física, sino espiritual. (pp. 111-110).

En el escrito de Francisco Moriones (2000), Jesucristo Redentor y Maestro de Humildad según San Agustín:

Se puede apreciar el papel que el nombre de Cristo desempeñó en el proceso de conversión de San Agustín. El nombre de Cristo aparece no como materia que en su estudio se pueda rechazar, ni siquiera discutir, sino como criterio para aceptar o desechar. Sin embargo, el nombre de Cristo determinó la decisión de San Agustín: Si bien resolvió dejar a los maniqueos, rehusó absolutamente encomendar la curación de su alma de dichos filósofos, porque estaban sin el saludable nombre de Cristo. Aunque Agustín tuvo siempre el nombre de Cristo grabado en su corazón, sólo gradualmente llegó a comprender la función salvadora del Verbo encarnado. Siendo todavía niño y herido de gravedad, pidió el bautismo de Cristo. Desde ese entonces ya había oído sobre el misterio de la salvación humana y su relación con la venida de Dios. Pero ante la repentina recuperación de su enfermedad, no se le administró el bautismo. Muchos años más tarde, cuando tras haber recibido el bautismo huyó de él, para poder reflexionar sobre la historia de la salvación tan llena de misericordia y de misterio, San Agustín emprendió una vida de conversión y de un continuo cambio. (pp. 152-153).

Robert Trundle (2000), por su parte, afirma que:

San Agustín ve la inteligibilidad exterior de los fenómenos que conecta con una inteligencia divina interior; la cautela de San Agustín contra el hecho de ignorar tal inteligencia atrae la atención de muchos sabios. La filosofía cristiana que, sin apelar dogmáticamente a ideales de racionalidad,

nos permite la existencia de un ámbito espiritual y de misterio y a todo ello San Agustín manifiesta y clarifica que lo que es imposible para las formas inteligibles y para la materia es posible para Dios. Entre ambos se abre una comunicación, pues Dios es totalmente trascendente e inmanente, lo cual no puede ninguna naturaleza corporal. Lo que para la naturaleza puede ser imposible como materia, es posible para Dios como espíritu. (pp. 216-217).

El ser del hombre colombiano

El ser del hombre colombiano

Colombia es un país de grandes riquezas, que proyecta en pro de su identidad, la abundancia natural por ser un país tropical; alrededor de su marco geográfico y poblacional, se observa la variedad y pujanza de su gente, que no por encontrarse aislado y desolado como un país en vía de desarrollo, es un país anquilosado con mentalidad derrotista, al contrario somos auténticos en nuestro actuar y decididos en la búsqueda de proyectos que con ahínco se desarrollan a través de un proceso existencial dentro de los diferentes procesos que emergen a través del ámbito cultural, social, político y económico.

Entendido de esta manera, muchos son los que airados y con transparencia en su proyección de vida, luchan por cultivar los diferentes valores y hacer de su patria un hábitat tan natural, como el agua cristalina del arroyo. Aun así, existen unos pocos que, llevados por la codicia, el afán de riqueza y dinero fácil, actúan de una manera antagónica y esto, ha llevado a que sectores de la población tomen el camino de las armas que, por ende, generan actos violentos

por medio de una lucha armada que día a día está llegando a un verdadero caos.

Sin excepción y de manera indirecta, todos en general, somos los artífices para que este camino tome rumbo. Como se puede apreciar, gran parte de la población de nuestro país toma una actitud conformista sin detenerse a reflexionar y mucho menos a relucir ideologías en pro de una Colombia mejor, ya que toda esta macro-violencia intimida a cada habitante, pensando que es mejor enterrar las ideas y olvidarse de la lucha pacífica, de masas o lucha social, la cual enfrenta a los cordones de miedo y el *statu quo*.

La educación como tal, siendo la protagonista del construir intelectual, es de vital importancia para la generación tanto del presente como del futuro, ya que, por intermedio de ella, el ser humano alcanza la esencia vivificadora tanto interior como exterior, brindando opciones de vida para un mejor desenvolvimiento dentro de la sociedad. En todo esto y en cierta medida, la educación toma parte de una manera directa, ya que actúa con un porcentaje muy reducido de estudiantes, a quienes, por medio de su academia, los instruye y forma, para que así potencie su intelectualidad hacia el servicio de los demás.

Una de las causas primordiales para que Colombia esté azotada tan fuerte por la violencia, es el mercantilismo, el capitalismo salvaje y la politiquería, ya que no se encuentra personas idóneas y coherentes con relación a su palabrería y actuación, se maneja una dualidad antagónica, puesto que no interesa el sufrimiento de los demás, sino el bien propio, descuidando el papel que juega la ética dentro de un verdadero puesto público.

Si se observa con detenimiento, sería de vital importancia que la educación prepare al nuevo ciudadano con una

formación humana integral, para que así se forje la Colombia que todos deseamos en el futuro.

Cuando se observa la realidad colombiana en el tiempo actual, es menester destacar que ella se encuentra abatida por una gran ola de violencia, con 23.209 homicidios en 1999 (Forensis de Medicina legal de Colombia), causados por una violencia instrumental (Psicología Social de Myers), cuyo mapa colombiano coincide con los sitios en los cuales hay riquezas como el petróleo, café, cocaína, amapola, Uranio, esmeraldas y las zonas industriales y emporios comerciales, en la que se encuentran territorios de miedo, “los mercados ilegales, la expansión de la delincuencia y la emergencia de organizaciones en busca del control territorial, se entrelazan como lógicas detrás de las expresiones de violencia concentradas en focos barriales y sectoriales de las ciudades” (Centro de Referencia Nacional sobre Violencia Forensis, 1999, p. 48). En Colombia la continuidad geográfica de los diferentes focos de muerte, ocurren mediante la representación que ejercen grupos ilegales con dinamicidad estratégica en el territorio patrio y esto hace que la población vulnerable a estos acontecimientos sufra con severidad los desastres de una guerra.

Los focos son escenarios en los cuales se concentran grandes recursos económicos tanto formales como informales. Los focos son puntos estratégicos y neurálgicos procesos económicos para los diversos intercambios comerciales a nivel nacional, las exportaciones de mercancías a nivel nacional y para la movilidad de diversos actores organizados, bien en una confrontación armada o en el desarrollo de actividades ilícitas. (Centro de Referencia Nacional sobre Violencia Forensis, 1999, p. 49).

Su economía se caracteriza por la recesión, un desempleo elevado, en un proceso de privatización de la salud y educación pública, debido a la aprobación del Decreto 012 y

por la reducción del Estado con el consecuente retiro de cientos de miles de empleados públicos. Con gran parte de su población sufriendo el rigor del desplazamiento. Su industria en retroceso como resultado de la apertura económica. El transporte parcialmente bloqueado. Estamos en una guerra no declarada y sufriendo las consecuencias de un proceso de paz con las FARC, un posible pacto de paz con el ELN en medio del conflicto armado, en el cual las partes luchan para poner mejores condiciones de negociación, y un ataque bestial por medio del grupo paramilitar denominado El Clan del Golfo. El incremento de los cultivos ilícitos y la diversificación de estos cultivos en coca, amapola y marihuana, llevan a estos grupos a nutrirse, cada día, con una riqueza ilícita en pro de la guerra. El fenómeno público más grave es la corrupción administrativa y el manejo político que se caracterizan por el clientelismo de algunos pocos.

El ser humano ente que se mueve en un tiempo determinado, marchando en su finitud y trayectoria de su destino, forja por medio de él un viaje irreversible, su vida es un continuo fluir y su continuo cambio. “La sola subjetividad es el tiempo, el tiempo no cronológico captado en su fundación, e interiores al tiempo somos nosotros, no al revés” (Centro de Referencia Nacional sobre Violencia Forensis, 1999, p. 115). Por lo anterior, el hecho de no poseer conciencia histórica se da por una experiencia, es ignorar los compromisos con la misma esencia de ser desde las carencias que lo definen como un ente cognitivo y experimental.

Entendido así, hombres y mujeres poseen la obligación consigo mismo de construirse, como verdaderos proyectos de vida en las diferentes acciones que se realizan día a día para condensar el efecto de una felicidad intra y extra, dentro del mundo que los rodea, así desde la Psicología Evolutiva, observamos que la etapa de la juventud, es la

época de los sueños, la cual no debe ser desperdiciada tan subjetivamente como lo observamos en la trayectoria actual.

El soñar, el armar proyectos así sean ilusorios y fantásticos, es un atributo de los jóvenes; desde este punto de vista, es interesante soñar cuando el estímulo no es el vicio, la droga o la violencia, sino la tenacidad en la superación.

El hombre es ese animal separado, ese extraño ser viviente que se ha opuesto a todos los demás, que se eleva sobre todos los demás, por sus sueños, por la intensidad, por el encadenamiento, por la diversidad de sus sueños, por sus efectos extraordinarios, que llegan hasta modificar su naturaleza, y no solamente su naturaleza, sino también la naturaleza misma que lo rodea y que él procura infatigablemente someter a sus sueños. (Valery, 1961, p. 50).

Así las cosas, se desencadena un desbarajuste existencial y ante esta serie de sucesos la educación no puede ser pasiva, neutral, de sus propósitos, objetivos y caminos que elija para llegar a ella, dependen de mentalidades y actitudes que fundamenten el progreso y surgimiento de nuevas ideologías en las futuras generaciones.

Un proyecto de vida dentro de la formación humana, plantea diferentes requisitos y elementos, los cuales son pensados y elaborados con la mayor meticulosidad, para ello, se requiere que cada persona actúe con fidelidad desde su propio interior, puesto que, es un principio primordial, pensar por sí mismo para dar convicción y coherencia al verdadero propósito que emana un sí, que sale del interior de la persona.

Lo importante en este asunto, es que cada individuo como un ser social, sea capaz de descubrir desde su interior las potencialidades que tiene en su esencia existencial, sin

obviar sus carencias y anhelos en su constructo humano. Dentro de estos espacios coyunturales, la vida debe ser un sinónimo de dignidad, puesto que el sentido de todo proyecto se basa en el exigente compromiso que debe producirse desde los espacios educativos que se le brindan al hombre de hoy.

La revolución educativa y la cultura académica brindan los espacios para aprehender a vivir en una sociedad que se encuentra ávida de personas que convivan con un verdadero proyecto de vida, para que junto con su estructura educativa emanen acciones que vayan en pro de un constructo social y real.

Cuando se entra a analizar una organización de vida, no se debe olvidar que ello requiere llevar a cabo una integralidad en las dimensiones que debe manejar el ser humano, tanto en lo personal, social, político, ecológico y trascendente, siendo este proceso una manera de integrar los diferentes aspectos que vayan en pro de una asociación libre en la interacción, tanto en su esencia interior como en su esencia exterior en el plan de la humanidad.

La persona humana, únicamente por la cultura, es decir, por el cultivo de valores y de los bienes naturales, puede alcanzar su verdadera plena humanidad. Por consiguiente, donde quiera que se hable de vida humana, naturaleza y cultura están en íntima conexión. (*Gaudium et spes*. Numeral 53. p. 186).

El hombre lleva consigo desde sus más estrechos lazos familiares una formación que directamente apunta a la relación con su propio mundo y el mundo de los demás, dependiendo de una cultura que lo identifica como ese ser existencial. Es por eso que, luego, se encuentra en su vida académica con un proceso intelectual que formalmente le impartirá, una formación integral que va en pro de su autenticidad como ser individual y colectivo.

Cuando giramos alrededor de estas premisas, se observa que la formación, -es el proceso educativo que propicia, favorece y estimula la explicitación, desarrollo y orientación de las virtualidades y dinamismos de la persona humana- (Mera, Otero, Montenegro y Tello, 2011, p. 41). Desde este contexto, la formación reúne diferentes apartados que merecen ser tenidos en cuenta; si se detiene a reflexionar en lo que el hombre implica, se ve claramente que él posee diversas facultades que lo identifican y lo relacionan en torno a la esencia de su ser.

Cuando imagina, crea, ama, siente... reúne unas características propias de su sensibilidad antropológica; como ser integral piensa, reflexiona, cuestiona, haciendo uso de su potencial razonativo para de esta forma, entregarse hacia lo trascendente, que sería esa facultad de lo divino, que cada cual se lleva consigo en su interioridad.

Entendido así, no se puede hablar de formación integral cuando no se ha razonado la parte axiológica, ética y moral del ser humano. Estos tres conceptos en su integridad forman el concepto único y punto de partida para enfrentarse al gran reto de la formación integral. Formación, por consiguiente, es la orientación peculiar que se desarrolla por medio de las facultades humanas que, a su vez, dan forma, de acuerdo con los objetivos precisos de una determinada cultura, antropología y cosmovisión.

En el ámbito educativo, tanto directivas como docentes, son los que manejan una directriz muy importante, ya que ellos son los protagonistas e impulsadores en la colaboración que ejerce un proceso de formación. Si su conducta, ejemplo, dinamismo, jovialidad, testimonio... transmite actitudes y formas de ser, las cuales nutren y alimentan a un joven que se encuentra ávido de acciones que vayan en pro de su constructo humano, la formación integral, obviamente, pasará a ser la integradora de su ser

que debe construir el ejercicio de la autenticidad e identificación humana en una realidad determinada.

La filosofía en función del proyecto existencial trata de dar vueltas ontológicas, físicas y metafísicas de quien soy yo, de dónde vengo y para dónde voy, y haciendo eco a este fenómeno Ortega y Gasset (1957) afirma: “el mundo exterior no existe sin yo pensarlo, pero el mundo exterior no es mi pensamiento, yo no soy teatro ni- soy frente a este teatro, soy con el mundo –somos el mundo y yo” (p. 89).

Con esta perspectiva el quién soy yo, se refiere a la construcción ontológica del ser, su tiempo y las circunstancias que lo rodean, sumergiendo al individuo en una continua planeación y descubrimiento esencial de esa facultad del ser existente, que a medida que se va descubriendo puede organizar, procesual y sistemáticamente su proyecto de vida con base en el conocimiento de sí mismo, que planteado desde la antigüedad en palabras de Sócrates sería *conócete a ti mismo*.

El “*de dónde vengo*” hace relación fundamental a esa pregunta metafísica acerca de mi origen, de mi profunda procedencia existencial, constituida más allá de la materia, descubriendo así esa realidad de ser con relación a mi principio primordial que permite descubrir el quehacer de un proyecto de vida. Dime de dónde vienes y te diré quién eres y qué hacer con tu vida.

El para “*dónde voy*” hace referencia desde el pensamiento de Sartre al “*en sí*” y “*para sí*” del proyecto de vida, deduciendo el significado que visualiza la misión, vocación y opción para poder planear desde un punto de vista coherente, la proyección del individuo en su debido entorno. En esta pregunta lógica, se puede apreciar el fin del proyecto de hombre y cómo se lo puede construir.

Teológicamente desde el punto de vista de la revelación, un proyecto existencial, puede ser entendido y encarnado a través de una causa que nace mediante una perspectiva ideal, pero que a la luz de la fe totalmente real, el ser humano edifica la salvación llenándose desde esa experiencia de Cristo y, su proyecto, un testimonio auténtico de que todo tiene su trascendencia en ese ser absoluto que es Dios, incitando así, a una salvación en el aquí y en el ahora, como fruto de la realización personal, consigo mismo y con los otros en pro de una comunidad (*ecclesiae*) para alcanzar la escatología o la plenitud del hombre con ese deseo de hacer misión en pro de su misión de humano y cristiano.

San Agustín y el Yo Personal

San Agustín y el Yo Personal

Y la causa principal de este error (hombres poco instruidos), es que el hombre no se conoce a sí mismo, para conocerse es menester separarse de la vida de los sentidos y replegarse en sí y vivir en contacto con la voz de la razón. Y esto lo consiguen solamente los que o cauterizan con la soledad y las llagas de las opiniones que el curso de la vida ordinaria imprime o las curan con la medicina de las artes liberales. (San Agustín. El Orden, 1, 1-3).

San Agustín es el ejemplo vivo de la interioridad humana; su despliegue rotundo en el quehacer del hombre, lo enmarcan con los diferentes pensamientos y acciones que debe realizar en su diario existir. Desde esta óptica y siguiendo el cauce socrático del “conocerse a sí mismo”, se observa que muchos filósofos se han preocupado por el reflexionar en torno a su propia esencia de ser, para dar viabilidad a la acción práctica de lo que en realidad hace el verdadero animal pensante; la razón por su parte, es el acto y la potencia a la vez, ya que, por medio de ella, saca a relucir

lo que el hombre razona a través de su existencia con su intelecto. En esencia:

Por intermedio de la razón el hombre consulta la verdad interior, lo que se percibe con los sentidos es lo carnal o sensible y lo de la mente es el aspecto inteligente o espiritual, en donde entra a funcionar la razón y esto es lo que está presente en la luz interior de la verdad. (San Agustín. *El Maestro* 12, 38-40).

Como se puede ver, San Agustín es un pensador que a partir de sus escritos elabora un juego dialéctico en lo que respecta a lo sensible e inteligible (conocimiento), todo esto sirviendo para hacer descubrir el verdadero valor que cada uno realiza en la acción recíproca que ejerce una senso-percepción y sabiduría. Todo ser racional debe manejar estas dimensiones humanas que, en la visión de San Agustín, es una secuencia lineal, cuya importancia se manifiesta en los sentidos, la razón (inteligencia) y la sabiduría, para así poder alcanzar de acuerdo con el pensamiento agustiniano la luz interior de la verdad.

Dentro del pensamiento de San Agustín para que pueda existir la espiritualidad, es necesario e imprescindible lo sensorio en primera instancia, que se encuentra representado netamente por lo corpóreo, el cual se realiza a través de la percepción, es decir, una representación de algo donde el sujeto debe tener conciencia de que eso o aquello existe, quien se hace inteligible para nuestra razón; y es allí, donde interviene la inteligencia o el intelecto, y eso es lo que precisamente San Agustín conoce como espiritualidad, donde se forma un conocimiento que transporta a descubrir por intermedio de la sabiduría, la luz interior que existe en cada persona. Esto da pie a entender que la espiritualidad es algo netamente inmaterial, infinita, ininteligible, eterna y que se manifiesta dentro de un episodio de *no-tiempo*, esta premisa entendida así, corrobora lo dicho anteriormente, el no-tiempo por

excelencia es un estado que se encuentra dentro de una realidad libre de espacio y tiempo, concretamente, fuera de nuestro cuerpo, así con esta intención, la espiritualidad es el constructo de una alma racional, la racionalidad da la creencia en un ser supremo que es Dios, libre de todo prejuicio, de toda vanidad, de todo rencor y envidia.

Al hablar de alma racional, que se empadrona con el poder y potestad para poder apartarse de lo meramente corpóreo y relacionando el apego de la sed de vivir al aferrarse a la vida superficial y, siendo en esta perspectiva, la conciencia también superficial, no interesa conocer nuestra divina naturaleza (la razón de nuestra existencia), ya que la satisfacción es la existencia mundana. La ignorancia (falta de conocimiento) hace que se tome el no-tiempo por el tiempo; lo impuro por lo puro. Todo se encuentra bajo la ilusión del cuerpo que directamente genera algún tipo de placer y también algún tipo de dolor posterior. Puedo decir con relación a San Agustín que, lo temporal, lo corpóreo, lo mundano, es una verdadera tragedia que se convierte en una obstinación por el placer en cosas temporales, efímeras, pasajeras y no eternas.

El ser humano como ser racional para caracterizarse como un animal que piensa, solo alcanzará la paz y la tranquilidad, si equilibra la sensibilidad que aqueja al hombre del siglo XXI. Además de todo el macro proyecto intelectual que conlleva el ser humano en su interioridad, dentro de esta gran estructura, es importante rescatar en el ser de la persona, la capacidad del lenguaje y de:

Ver como la razón actúa de manera directa en ello, dando así, producción a la emisión de un sonido, el cual posee una breve ordenación en la agrupación de las sílabas, tanto en su orden morfológico, como en su estructura oral y escrita. (San Agustín, *El Maestro*. 2, 12-36).

Con esta aserción, Agustín muestra para la competitividad,

una forma esencial en la vida del hombre, como lo es, la comunicación proyectada a través de las palabras, como una forma y tipo de lenguaje en la vida humana, la cual juega un papel relevante; por medio de ella, enseñamos lo que nuestra capacidad racional ordena que enseñemos a los interlocutores que nos escuchan. En este encuentro con el pensamiento agustiniano y para abordar un proyecto existencial de vida en el ser del hombre, anima a transcurrir por los senderos de la espiritualidad en todas las cosas que hacemos o que nos proponemos, si no se interioriza en lo que se desea y se debe pensar, nunca se puede ascender hacia pensamientos más universales, generales y válidos; en consecuencia, sabiamente expone este pensador cristiano que:

Hay, pues, tres géneros de cosas en que se muestra la obra de la razón; uno, en las acciones relacionados con un fin; el segundo, en la palabra; el tercero en el deleite; el primero nos amonesta a no hacer nada temerariamente, el segundo, a enseñar con verdad; el tercero nos invita a la dichosa contemplación. El primero se relaciona con las costumbres, el segundo y el tercero con las artes. (San Agustín. *El Orden*, 2, 12-35).

A raíz de estos tres géneros, San Agustín pone de manifiesto su accionar intelectual con respecto al lenguaje producido por el hombre. La prudencia es uno de los valores que el hombre colombiano debe tener en cuenta en su existencia, ya que ello hace del ser humano un ente capaz de buscar un fin por medio de la palabra y, así, deleitar y deleitarse así mismo a la luz de una contemplación bien definida en pro de su autorrealización como ser co-constructor de un mundo mejor.

Siendo el ser humano un co-constructor, es necesario como dice en sus escritos San Agustín, tener un fin o finalidad, también tiene que haber comunicación y fundamentalmente el deleite o gozo pleno por lo que estamos haciendo, o sea

debe tener el valor de impregnarle a todos nuestros actos el sentido de espiritualidad dada en la bondad, en el respeto y la compasión por nuestros semejantes. Así:

Con la palabra, se poseen y se persiguen dos fines: enseñar y despertar el recuerdo en nosotros mismos y en los demás. Con ello, no sólo con la locución hablamos, sino también cuando nos dirigimos a Dios, en la oración a través del silencio (hablar en nuestro interior, con todo el corazón y con toda el alma hacia Dios). (San Agustín. *El Maestro*, 2, 12- 35).

Hay que rescatar que no solo el hombre, desde la pronunciación o la emisión de sonidos ejecuta un diálogo, sino que es de gran importancia el encuentro consigo mismo desde la interioridad, elevar una oración al Padre para así comunicarnos desde nuestro interior y entablar un diálogo que vaya en pro de nuestro propio crecimiento espiritual. Este es, a mi juicio y manera de pensar, uno de los valores más rescatables en la persona de San Agustín, en el cual el hombre demuestra su propia autenticidad y coherencia de vida.

El colombiano como tal, es un hombre que por su agite existencial vive anquilosado en la violencia y para ello, es importante desde esta perspectiva, rescatar el valor espiritual desde la comunicación con ese Ser Superior que lo puede todo, en medio de ése gran todo, de una manera auténtica, puesto que el colombiano, es un ser católico-cristiano pero que no lleva a la práctica lo dicho en el discurso, se caracteriza por la superstición religiosa y no por la verdadera y auténtica religión como un proyecto de vida. Desde este presupuesto y siguiendo la línea agustiniana, se desea que el hombre se quiera, se aprecie, se ame a sí mismo para así proyectar brotes de ontología existencial en pro de su verdadera esencia - ser.

Con las palabras no aprendemos sino sonidos y palabras

mismas; con el conocimiento a más de conocer palabras externas, hay en nuestro espíritu una voz que habla interiormente. Esta voz interna que es consultada y que enseña, que habita en el hombre es Cristo, la inmutable virtud de Dios y su eterna sabiduría. (San Agustín. *El Maestro*, 11, 36-37).

Si bien es cierto, el crecimiento interior del hombre, alimenta esa infinita virtud manifestada en la bondad de Dios y su inmortal sabiduría, puesto que cristológicamente el ser humano, sin Cristo es un ente vacío que se mueve sin rumbo fijo como un barco sin timón en alta mar; desde esta óptica se debe revitalizar la comunicación interior con ese Cristo que enseña dentro y no fuera. “En la tierra no hay maestro, ya que el único maestro de todos está en el cielo, él es el que obra interiormente, para que el hombre exprese sus conocimientos a través de la palabra exteriormente” (San Agustín. *El Maestro*, 14, 45 -46).

Como se ha mencionado, la palabra es el fruto de una comunicación que se asemejaría a un dualismo tanto interno como externo, el hombre por medio de su interioridad escucha, interpreta, asimila y adapta una serie de palabras, para luego expresarlas exteriormente y, de ésta forma, transmitir un mensaje que mueva y conlleve a la bilateralidad comunicacional. Con ello, el hombre forma a partir de esa bilateralidad, una dialéctica que “es la que nos da el método para enseñar y aprender; en ella se nos declara lo que es la razón, su valor, sus aspiraciones, y potencia. Nos da la seguridad y la certeza de lo que sabemos” (San Agustín. *El Orden*, 2,3-38).

A partir de la dialéctica que es una de las bases firmes en el conocimiento del hombre, San Agustín expone alrededor de su pensamiento e instala en la dialéctica, el verdadero arte que posee el hombre, para así, formar por medio de ella, un método que enseñe y que, a la vez, aprenda de los demás, para enriquecer el auténtico juego dialéctico, que el

hombre debe conjugar en su existencia.

Está es a su vez, la forma de ver la visión de conjunto del hombre colombiano, que parta de presupuestos dialécticos, para así desarrollar en medio de la sociedad colombiana, una serie de comunicaciones que vayan en pro de una construcción existencial, saliendo y apartándose de muchos antivalores, que afectan la paz en nuestro país, el egoísmo, la intolerancia, la desesperanza, el dinero fácil, son muchos de los problemas que atraviesa el hombre colombiano y, por ello, es que se desea rescatar y abordar, desde esta perspectiva agustiniana, un proyecto de vida que vaya en pro de una verdadera convivencia colombiana.

Antropológicamente, el hombre es el ser que se sumerge en su corporeidad, donde sus movimientos son como palabras naturales que exhalan todas las gentes en el trazo de su existencialidad. Por eso, San Agustín, con su esencia de humano, toma y forma parte de esa corporeidad, brindando a ello, una connotación que va en contra de lo meramente temporal y, por eso, lo toma como una acción tardía, por ser sentido de la carne y condición de temporalidad. Cuando se habla desde el plano psico-antropológico, se tiene que manejar una dualidad cuerpo – alma, ya que son dos entes que se proporcionan reciprocidad; en este sentido, San Agustín dice que “la carne corruptible no hizo pecador al alma, sino que el alma pecadora es la que hizo a la carne corruptible” (San Agustín, 1977). Con este análisis, nos damos cuenta de que el apetito espiritual e irascible se centra en las dos partes, tanto la una como la otra forman parte de todo este legado existencial. “No es propio de la carne el poseer, sino el ser poseída; en efecto, tu cuerpo no posee nada, sino que es tu alma quien posee por medio de tu cuerpo, ella que posee al mismo cuerpo”. (San Agustín, 1946, 362, 14).

En cuanto a este itinerario antropológico, el hombre tanto

con su corporeidad como con su parte espiritual es un ser que vive en medio de una libertad que se traduce en términos agustinianos, en un libre albedrío, que consiste en el amor verdadero que debe vivir justamente el hombre adherido a la verdad, despreciando todo lo perecedero por amor a los hombres, a quienes deseamos vivan en justicia. “El que ama a Dios es lógico ejecute cuanto Dios preceptúa, pues la medida del amor son las obras, y, en consecuencia, amará al prójimo, por ser este mandamiento de Dios” (San Agustín, Libro VIII, 7-10).

En este orden, quien ama al prójimo, ama al amor y es lógico, por ende, que principalmente, ame a Dios, apartándose así del sentido del mal, que no es más que la privación del bien hasta llegar a la misma nada, lo cual se concluye en el caos, en el vacío y la angustia existencial; en este sentido, no existe la naturaleza del mal, más bien la pérdida del bien que recibió el nombre de mal, es por eso que el defecto del bien es malo para el mal, y el defecto del mal es bueno para el bien. Siguiendo estos parámetros acerca del mal, los que viven mal se estorban mutuamente en la sociedad de la depravada complicidad. “El mal no es una naturaleza, sino el enemigo de la naturaleza. Elimina la causa de tu enfermedad y permanece el motivo de alabanza. La medicina persigue los males, no la naturaleza” (San Agustín, 182, 3).

En consecuencia, del mal, nadie sufre castigo por sus defectos naturales, sino por los voluntarios, de la intensión malévolamente nace el apetito concupiscible, y del apetito concupiscible nace la costumbre de realizarlo, y de esa costumbre se genera la necesidad del pecado, separación de la Bondad de Dios; el pecado procede del pecado, y el pecado encamina al pecado por el pecado. Solo la gracia de Dios encaminada a través de la existencia del hombre, por medio de nuestro señor Jesucristo, es quien libera de la tiranía del pecado; de la gracia de Dios se alejan los

soberbios para caer y se llenan los humildes para levantarse y así, estar en manos de Dios, quienes aceptan la vivencia de su salvación. La medida y el fin último del hombre es alcanzar la verdadera salvación que se otorga en el no tiempo, libre de la temporalidad existencial antropológica para caracterizarse como una necesidad insaciable e infinita en la felicidad del hombre.

Es importante resaltar después de las anteriores connotaciones, que el hombre es ese ser racional capaz de enfrentar un mundo con sus diferentes altibajos y para ello, es necesario adquirir una destreza dialéctica en el conocimiento; como se ha afirmado, el hombre colombiano, es ese ser que está inmerso en medio de una realidad, que de manera directa, aqueja su existencia humana: violencia, destierro, desolación, politiquería, corrupción y él es el sujeto que vive con ese coexistir que lo atañe día a día. Cuando se está en medio de la convivencia y en determinados momentos, se detiene a reflexionar sobre la realidad actual de Colombia, se da cuenta que él mismo es el protagonista de toda una construcción dialéctica, pero esta dialecticidad del hombre colombiano no la está accionando en su esencia, ya que el egoísmo y el apego al consumo, está azotando el verdadero sentir del ser colombiano.

Vale la pena desde esta óptica, hacer eco a los principios cartesianos, ya que ello nos va ayudar de manera directa a entender más lo que el filósofo se propone entregar a la construcción del conocimiento, lo cual debe motivar al hombre a hacer uso lógico de su capacidad racional, para de esta forma, entrar en el fabuloso mundo del filosofar, desde la capacidad interior como lo afirma San Agustín. Con ello y desde el anterior preámbulo, Descartes (s.f.) como un crítico racional, dice:

Lo primero, es no admitir como verdadera cosa alguna como

no supiese con evidencia que lo es; es decir, editar cuidadosamente la precipitación y la prevención, y no comprender en mis juicios nada más de los que se presenta sea tan clara y distintamente a mi espíritu, que no hubiese ninguna ocasión de ponerlo en duda. (p. 23).

El ser humano del siglo XXI, por ende, es un ser agitado, precipitado que no se detiene a reflexionar con criticidad auténtica. Sin embargo, el hombre colombiano por la ansiedad de dinero fácil y poder, no evita una acción, sino que se deja llevar por el facilismo, la falta de motivación y el conformismo, quedando anclado a un mundo que no tiene sentido ni valor espiritual, descuidando así toda la capacidad racional que lo debe identificar en sus diferentes acciones y trabajos; en este sentido y visualizando la trayectoria del conocimiento, San Agustín con su claridad y evidencia en su proyecto cognitivo, postula que el hombre por su capacidad racional es superior a los animales y ahí, es donde radica la verdadera imagen de Dios.

¿De dónde posee tu superior excelencia? – De la imagen de Dios, ¿Dónde está esa imagen? En la mente, en el entendimiento. Luego si eres más excelente que las bestias, es porque tienes inteligencia, con que ves lo que ellas no pueden ver; de ahí te viene el ser hombre, el ser superior de los animales. (San Agustín. Evangelio de San Juan, 3,4).

Con ello, queda ratificado que el hombre colombiano como imagen de Dios debe poner en práctica y accionar su parte inteligible, para así proyectar una visión crítica respecto del mundo que lo rodea. Con este pensamiento, el perfil del hombre colombiano debe ser su propia racionalidad con capacidad crítica del deber ser y del deber hacer, para de esta forma, proyectarse como un hombre eficaz dentro de la sociedad.

Prosiguiendo con los principios cartesianos vemos que: “El segundo es, dividir cada una de las dificultades que

examinaré en cuantas partes fuese posible y en cuantas requiere su mayor solución” (Descartes, s.f., p. 23). Cuántas veces a raíz de la situación y problemática que el hombre colombiano vive, éste por su parte, no mide, ni mucho menos divide cada una de las dificultades de la vida, más por el contrario debido al agite y a la precipitación, el colombiano no alcanza ni siquiera a pensar sobre una acción a realizar, sino que después de efectuada dicha acción, es cuando se atreve a dividir e interpretar cada acción ya pasada, por ello, qué significativo sería ver la sensatez del hombre colombiano, dividiendo cada dificultad, para así llegar a una buena solución, a una verdad que marque el cambio personal, social y espiritual.

El tercero conducir ordenadamente mis pensamientos, empezando por los objetos más simples y fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, gradualmente, hasta el conocimiento de los más compuestos, e incluso suponiendo un orden entre los que no se preceden naturalmente. (Descartes, s.f., p. 23).

Ordenar un pensamiento requiere una exigencia razonativa interior y, así es como lo afirma San Agustín:

Vuelve, pues, la mirada a tu hombre interior. Es allí sobre todo donde se ha de buscar la semejanza de tres cosas que se manifiestan separadamente y que obran en forma inseparable. En ti se hallaban las tres; puedes enumerarlas y no te es posible separarlas. Estas tres cosas son: memoria, entendimiento y voluntad (San Agustín, Sermones, 52, 18-19).

Si no se interioriza en lo que se desea y en lo que se debe pensar, nunca se puede ascender hacia pensamientos más concretos, y he ahí la parte fundamental de la interioridad razonativa.

“Todo el que puede ver interiormente es discípulo de la verdad. El que habla con la luz de los sentidos miente y

encubre su alma, y lo que se hace es discutir y discutir sin llegar a una veracidad” (San Agustín, 1957, pp. 27-28).

Con estos supuestos, nos damos cuenta que el ser humano debe partir de su interioridad, para así, desplegar hacia lo externo diferentes pensamientos que lo lleven a una coherencia e idoneidad comparativa con lo que él es, y con lo que desea ser en medio de una sociedad que, siguiendo con los principios lógicos cartesianos, se ve claramente que “lo último, es hacer en todos unos recuentos tan integrales y unas revisiones tan generales, que llegase a estar seguro de no omitir nada” (Descartes, s.f., p. 23).

De acuerdo con esta última aserción, hay que tener en cuenta que todo debe girar en torno a una revisión integral y general de lo que el hombre se propone, desde sus premisas intelectuales, para así abordar una temática que vaya en pro de una sistematización social de lo que es el hombre colombiano. Sin embargo, hay que tener en cuenta que este hombre colombiano, es ese ser que está inmerso en una encrucijada densa, la cual se refleja en la realidad que él como ser humano vive e intuye día a día en la socialización, que debe desenglobar en la existencia de su propia razón y reflexión en torno a lo que él, como esencia de su propio ser, debe vivir en pro de una retroalimentación existencial para una mejor cotidianidad tanto individual como colectiva.

Esta encrucijada de destinos ha forjado una patria densa e indescifrable donde lo inverosímil es la única medida de la realidad. Nuestra insignia es la desmesura. En todo: en lo bueno y en lo malo, en el amor y en el odio, en el júbilo de un triunfo y en la amargura de una derrota. Destruimos a los ídolos con la misma pasión con lo que los creamos. Somos intuitivos autodidactas espontáneos y rápidos, trabajadores encarnizados, pero nos enloquece la sola idea del dinero fácil. Tenemos en el mismo corazón la misma cantidad de rencor político y de olvido histórico. Un éxito resonante o una derrota deportiva pueden constarnos tantos muertos

como un desastre aéreo. Por la misma causa somos una sociedad sentimental en la que prima el gesto sobre la reflexión, el ímpetu sobre la razón, el calor humano sobre la desconfianza. Tenemos un amor casi irracional por la vida, pero nos matamos unos a otros por las ansias de vivir. Al autor de los crímenes más terribles lo pierde una debilidad sentimental. De otro modo: Al colombiano sin corazón lo pierde el corazón. (García, 1996, p. 54).

En función de todo lo escrito, me doy cuenta que San Agustín es un verdadero protagonista de la existencia humana, ya que si se habla de proyecto existencial, se puede afirmar desde esta perspectiva que, él en función de su coexistencia, está llamado a vivenciar los diferentes valores humanos, los cuales desarrollan la viabilidad del auto-concepto que, el hombre colombiano debe tener en función de su propio ego, las competencias, las habilidades, la comunicación, la no violencia, la tolerancia, la esperanza, el trabajo, la colectividad, la valentía, la responsabilidad social, el compromiso, la rectitud, la autenticidad, el valor civil, la cooperación, la solidaridad, la autogestión, el amor, el hogar, la comunidad, la amistad, el sentido común, la felicidad, la sencillez, el perdón y cambio, el amor a la verdad, la motivación, el entusiasmo, una vida moderada, respetuosa, tranquila, la democracia y la distribución del poder en uno mismo; la familia y la sociedad, son algunas de las diferentes accesibilidades que este hombre debe tener en cuenta para poder desarrollar su potencial interior, para de esta forma y en función de su propia inteligibilidad, sea él, el protagonista de todo un constructo vivencial en pro del desarrollo individual, espiritual y comunitario, para vivir como ejemplo de vida para la sociedad colombiana y lograr la convivencia pacífica que anhelamos.

San Agustín y el Yo Comunitario

San Agustín y el Yo Comunitario

El que ama al mundo se olvida de su alma. Ama el mundo, ama lo temporal, ama lo terreno. Ya el amarse a sí mismo, con desprecio de quien lo hizo, fuera de decaer, venir a menos, tan a menos como distancia hay de una cosa hecha a nosotros mismos si ello fuera posible. ¿Cómo se ha de obrar esta conversación? El alma se olvidó de sí misma, más por amar al mundo; olvídense ahora de sí misma, más para amar al artífice del mundo. (San Agustín, Sermones, 142, 3).

El ser humano desde la proyección de su evolución y desarrollo ontofilogenético plasma una “realidad” en su ser existencial; implica un doble sentido dentro de la sociedad en la cual vive. El doble sentido del hombre está determinado por una lucha dialéctica del hombre individual egocentrista y de aquel hombre social, por naturaleza irreversible a su condición inevitable de vida en grupo o sociedad, es decir, necesaria e imprescindible como ser individual. De allí que, el individuo es un ser eminentemente social.

Los amadores del mundo y el conjunto universal de las criaturas. Quizá diga aquí alguien: “Si esa concupiscencia de los malos, gracias a la cual toleran todos los males por el objeto apetecido, procede del mundo, ¿por qué se dice que procede de su voluntad?”. Como si los malos no fuesen del mundo cuando aman al mundo, abandonando al creador del mundo sirven a la criatura y no al creador, que es bendito para siempre. (San Agustín, *Sobre la Paciencia*, Vol. 12 19,16).

La cita anterior del pensamiento de San Agustín, refleja una visión del doble sentido de Dios con el mundo y en el mundo con el hombre. ¿Entonces de dónde surge la maldad del hombre?, no es fácil responder tal afirmación: la ruptura o separación del hombre como ser individual y el aceptar su condición irrefutable de ser social, implica la transformación de la mente egocentrista del niño, en un pensamiento egoísta de adulto, como resultado de su negación al pretender ser esa persona social, que realmente es.

Dentro de la visión agustiniana existe tal separación de Dios con el hombre en su mundo; por eso afirma categóricamente “que como si los malos no fuesen del mundo abandonando al creador del mundo”; lo cual implica también una separación de la esencia individual del hombre con la social arquetípica que es Dios, como producto de la creación de todos los hombres. De allí, la búsqueda de un solo sentido en la vida, (no doble). Al separarse se abre una brecha que forma un vacío “un no estar”, por eso el ser humano anda en busca siempre de sentido, de significado único y no doble como nuestra la sociedad antagonista, que lo impone en el vivir en sociedad.

En otras palabras y tomado como argumento a la psicología científica, nos aclara acertadamente o no, de tal afirmación. La persona nace con un inconsciente el cual se forma o se

hace consciente a través de los demás; así el entorno forma su yo psicológico (conciencia social). O sea, el niño es un ello (inconsciente), regido por el principio de placer, que solo busca gratificaciones inmediatas, que al separarse (crecer y desarrollarse) forma un “Súper Yo” (conciencia social), puesto que deja de ser ese yo individual de niño egocentrista, para transformarse en ese ser social egoísta lleno de prohibiciones y enajenaciones mentales. (Doble sentido, doble moral).

Para poder comprender mejor a San Agustín, revisemos otro pensamiento.

Al mundo lo hacen malo los hombres malos. Por qué no es malo el cielo, ni la tierra es mala, ni las aguas son malas, ni lo que hay en ellos: peces, aves, árboles. Estas cosas buenas al mundo le hacen malos los hombres malos. Más por cuanto según dije, no es doble carecer de hombres malos mientras aquí vivimos, elevemos a Dios nuestro Señor nuestros enemigos y llevemos en paciencia los males para arribar a los bienes. (San Agustín, *Sermones*, 80, 8).

Ahora sí, podemos posiblemente responder: ¿de dónde surge algún contenido de maldad del hombre? Al separarse el individuo de la persona transforma su calidad de niño egocentrista, en una cantidad de adulto egoísta, que su egoísmo no es más que la envidia, los celos, la codicia de poder, el dinero, el placer por los lujos, etc. Lo que lo puede llevar al robo, a la violencia, a la corrupción, al asesinato por conseguir el poder social y económico.

En Colombia son altos los índices de prostitución, robo, asesinato, entre otros, lo cual no niega una causa también de justicia social proclive a ese desorden de la comunidad actual.

Las altas tazas de violencia, homicidios, en Colombia la violencia está caracterizada por ser instrumentalizada,

meditada, pensada y no meramente impulsiva por cuanto los focos de homicidios coinciden con la presencia y la dimensión especial de estrategias específicas desplegadas por diversas organizaciones ilegales. (Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, 2000, p. 49).

“Los focos son escenarios en los cuales se concentran grandes recursos económicos (petróleo, café, amapola, coca, banano, oro, esmeraldas) y dinámicos, procesos económicos formales como informales” (Centro de Referencia Nacional Sobre Violencia Forensis, 1999, p. 49) y los puntos estratégicos para los intercambios económicos que han instaurado territorios de miedo para la apropiación de los recursos.

La naturaleza creadora del mundo hace malo al hombre malo que fija los quehaceres cotidianos en la maldad y que, por ende, no logró traspasar (trascender) tal separación entre Dios y el mundo. Aquel hombre que no consiguió la integridad de Dios en su propia existencia, el hombre que sabe que, con Dios como un todo único y dialéctico puede separarse del mal para vivir el bien, deberá entonces saber entender que para que exista lo claro, necesariamente tiene que haber lo oscuro, para que exista el bien tiene que haber el mal, y para que exista el hombre tiene que haber Dios. El hombre en definitiva desde su capacidad espiritual e intelectual es el único que puede a libre albedrío tomar su propia decisión, o es el bien o es el mal.

Entonces en definitiva, cuando logremos la búsqueda de sentido en la vida, es decir, la bondad suprema como afirma San Agustín, lograremos esa unidad dialéctica, esa lucha de contrarios que genera un producto transformado y esa transformación es Dios con el hombre, al unísono de un todo que es el placer del alma, traducido al placer del amor al prójimo, el placer del amor frente a la naturaleza; solo así lograremos ese sentido, o sea, ser entes pensantes para

desde la persona interior integrarse en el sentido o en el sinsentido de la realidad social colombiana; desde esta perspectiva y siendo Dios la única verdad suprema de todas las cosas, encontrará un Dios de paz y amor, como lo proclamó su hijo Jesucristo, hermano de hombres en medio de los hombres.

San Agustín contrapone al mundo dos comportamientos antagónicos: los buenos y los malos. Son buenos “aquellos que aman al artífice del mundo” y malos aquellos que “aman el mundo, lo temporal y lo terreno, y así mismos”, ya que “sirven a la criatura y no al creador”. “El mundo bueno está hecho por Dios y el mundo malo por los hombres ya que su espíritu “es de soberbia” ya que no “Glorifican a Dios”.

El amor del mundo hace adúltera el alma: ¡Que vehemencia la de la Escritura en sus voces y que no usar la caricia, de la adulación con quienes quiso volver al camino de salvación!, Adúlteros – ¿No sabéis que los amigos del mundo se hacen enemigos de Dios? El amor del mundo hace adúltera el alma, el amor del Hacedor del mundo castiga el alma, pero si ésta no comienza por abochornarse de sus disoluciones, jamás apetecerá los castos abrazos de Dios. (San Agustín. *Sermones*, 142, 3).

Para San Agustín, alejarse de Dios es convertirse en malo, esto es, venerar los placeres del mundo, olvidarse del Creador a quien debemos adorar. Venerar al mundo, es alejarse de Dios y convertirse en malo. Los placeres mundanos llevan a venerar a la criatura, a llevar el alma a la perdición, todo alejamiento de Dios nos lleva a acabar nuestra alma, a perder la de Dios.

San Agustín nos indica que el mundo no es el destino, lo es únicamente Dios. Alejarnos de este principio nos convierte en malos y deja nuestra alma al servicio del mal y no disfrutaremos de la verdadera vida al lado del Señor.

Cualquier apego a los placeres del mundo o a este mundo, implica aferrarnos a él, y tiene que “tolerar todos los males para aferrarse a él”.

Esta perspectiva me lleva a pensar que San Agustín entendió que aferrarse a la vida carnal, a sus placeres, gozos, pérdidas, etc., nos hace olvidar que la vida en la tierra es solamente una estación momentánea y que perderíamos la vida divina por quedarnos estacionados en ella y no evolucionaríamos por el camino de Dios.

San Agustín nos hace entender que valorar la vida terrenal a toda costa nos hace olvidar que la vida en la tierra es temporal, pasajera y efímera. No entender esto nos lleva a aferrarnos a la vida a costa de sacrificar a nuestra propia alma y a los demás.

O amamos a Dios o amamos al mundo, no hay alternativa. No podemos servir a dos amos. Si amamos a Dios, nos olvidamos de los placeres terrenales. Del poder de la vida cómoda, de la sociedad de consumo, de la riqueza económica, ya que por el “objeto apetecido” perdemos el alma.

Pero este amor a lo terrenal para San Agustín tiene sus consecuencias, ya que para lograrlo se debe tolerar “todos los males”, amar la vida terrenal implica lucha por lograrla, tampoco es gratuita, se pierde hasta el alma.

Este principio de San Agustín invita a reflexionar sobre unicidad de ser íntegros, buenos, ya que si realmente amamos la vida en la tierra, que es temporal, y por lo tanto con un final de muerte, se tendrá consecuencias.

Si se sirve al mundo habrá que jugar con sus reglas, luchar por el poder, por la satisfacción, con las consecuencias que a diario observamos, muerte, dolor, violencia, como

medios para lograr la felicidad terrenal, pero que no llenará la espiritualidad humana. Ésta solo la llena, según San Agustín, Dios; la vida fuera de Él, amando al mundo y su juego, se comporta como un itinerario antagónico al poder de Dios. Se necesita de valentía corporal para dominar las pasiones que arremeten el amor de Dios.

Para San Agustín acercarse al mundo es alejarse de Dios, situación que en Colombia, ha llevado a altos índices de violencia. Se tiene una tasa de 56 homicidios por cada cien mil habitantes, la más alta del mundo. Y este mundo es el que amamos.

El mundo físico y el mundo moral, los amadores del mundo temporal. Así es como se dice: Esta casa es buena o esta casa es mala. Ni en la mala censuramos los muros ni en la buena los elogiamos. La calificación de bueno o de mala afectan a quienes la habitan. En este sentido llevan la calificación de mundo quienes por el amor habitan en él. ¿Quiénes son estos? Los que aman al mundo. (San Agustín. Evangelio de San Juan, 2, 11).

En el mundo hay dos tipos de personas, las buenas que aman a Dios y las malas que aman al mundo. El mundo no es bueno ni malo, lo son las personas que habitan en él, unas buenas y otras malas. El mundo hace adúltera el alma y se puede perder. Amar al tiempo, amar la vida, amar lo terrenal hace que el alma se pierda.

El ser humano es un ser social, pero en términos divinos solamente hay salvación de una manera personal, si se ama el no-tiempo, lo divino, al creador y se cree firmemente en que esto es bueno. El ser social es un término comunitario, no es celestial. La salvación llega por el objeto del amor, se ama la tierra y sus placeres o se ama a Dios y sus placeres espirituales.

San Agustín y el Yo Político

San Agustín y el Yo Político

*“Hasta hace poco era la filosofía política la que tenía el monopolio del análisis sobre el discurso político”
(Rodríguez, 1991, p. 39).*

En los antecedentes filosóficos griegos de la historia clásica las primeras preocupaciones del animal pensante fue la razón política. Dentro de este contexto, se observa que los grandes demagogos sofistas son los que dan inicio al discurso en público, ellos son los que instruyen y dan paso a la reivindicación en la lucha del hombre por el propio hombre.

Desde esta perspectiva, se ve claramente que una de las características del hombre ha sido su propia autenticidad política, de ahí que, la filosofía política clásica tenía como contenido central el señalamiento del deber ser social, de acuerdo con los grandes principios y valores de la organización política.

Siendo así, el hombre fue la esencia de una verdadera construcción y organización política que, día a día, la fue organizando en lo que respecta a la esencia del verdadero estado.

El concepto de individuo, la persona, el estado, la autoridad, el poder, y las grandes relaciones entre sí prolongan los esfuerzos sistemáticos de la racionalidad de la orden social instaurada por los grandes filósofos griegos, en especial la doctrina de Platón y Aristóteles. (Rodríguez, 1991, p. 39).

Con estos aportes y a medida que el tiempo fue pasando y cambiando, la política día tras día se va convirtiendo en el campo para la constitución de un orden constructivo del hombre, como esa forma de pensar y expresar libremente sus propios pensamientos con toda accesibilidad política, en pro del verdadero constructo, de una reflexión con esencia razonativa.

Así, desde este contexto, el ser ciudadano colombiano implica ser capaz de intervenir en los asuntos públicos, lo cual exige una capacidad para comunicar sus ideas, para que, a través de ello, enseñe de manera amena, lo cual significa que entusiasme y que mueva a la acción, para así formarse con un criterio propio y con un propósito de actuar y servir al ente colectivo.

Las premisas anteriores, colocan de manifiesto que San Agustín como buen político orador, fue el personaje que a través de su elocuencia habló enseñando, enseñó deleitando y deleitó moviendo a muchas personas que accedieron al paso de la interiorización y buscaron su propia autorreflexión.

Dijo, pues, un maestro de elocuencia, y dijo la verdad, que el orador de tal modo de hablar que enseñe, deleite y mueva. Y añadió después: el enseñar es propio de la necesidad, el deleitar de la amenidad y el mover de la victoria. De estas

tres cosas la primera que se dijo, esto es la necesidad de enseñar, se halla situada en las cosas que decimos; otras dos en el modo de decirlas. (San Agustín. 1957, 4, 12-27).

Queda dicho que, la necesidad de enseñar es la que debe mover al verdadero político y, es por eso por lo que, cada persona puede hacer uso de este arte, y qué interesante ver este modelo de elocuencia, para aplicarlo al contexto político colombiano, esencia de ser en medio de una política bien fundamentada.

Como hombres colectivos, todos poseemos y tenemos derecho a comunicar; claro está, que una cosa es tener capacidad para comunicarse y otra tener derecho a comunicar, ya que en Colombia tenemos capacidad como pensantes, capacidad para hablar y de ser interlocutor del otro, pero otra, es el tener derecho a comunicar cuando a raíz de nuestra parte cognitiva se está comunicando algo nuevo, es decir, se comunica cuando se enseña algo, que de manera directa cuestione la razón de los participantes de la comunicación.

Es importante conjugar dentro de la elocuencia lo que debe caracterizar al verdadero político:

Aludir a la dialéctica para que poco a poco se descubra su significación, realizando así a través de ella la persuasión de las buenas costumbres, útiles y honestas; a través de este proceso se descubre la elaboración de la parte racional, por medio de las artes liberales, la cual, da lugar en este sentido, a la misión específica que juega la retórica, en el desempeño y desarrollo de la significación de la palabra. (San Agustín. *El orden*, 2, 3, 38).

Filosóficamente, la dialéctica es ese juego de palabras antagónicas que son la pieza clave para deleitar con la persuasión, las buenas costumbres, el sentido de significado que tienen las palabras, que puedan determinar

una connotación que dé sentido al accionar personal. Por ejemplo, para poder ser honestos, se debe conocer que el significado de honestidad, para poder ser bondadosos tenemos que conocer el significado de bondad, de lo contrario en nuestra práctica de vivencia diaria en la comunidad, no lograremos encontrar la diferencia o el significado en la actuación concreta del individuo, a raíz de una buena retórica y significado de las palabras, el ser humano conectará y motivará por medio de la palabra acciones contundentes que encuentren diferentes sentidos de vida en medio de una avidez del saber.

Con la significación de las palabras se aborda desde la perspectiva agustiniana, una serie de ideas que se interiorizan a la luz de la razón, donde se puede dar y globalizar una serie de términos persuasivos que, al fin, lleven a ver la propia realidad y la de los demás.

Con la comprensión de todos estos supuestos del fenómeno político es necesario destacar que la política debe ser un arte de gobernar al pueblo; por ello, San Agustín administraba justicia:

Muy distinta a la de hoy, aunque no menos pesada y comprometedora hoy, el juez escucha a los reos, examina sus causas dicta sentencia sin importarle el estado del alma de los contendientes. Para un obispo como Agustín, lo más importante no era el veredicto condenatorio o absolutorio en sí, sino la salvación del alma, que se adquiere con el cumplimiento de ambas leyes, la humana y la divina; hoy al juez no le interesa sino la primera; a San Agustín le interesaba las dos y sobre todo la segunda; así nos lo hace saber San Posidio: Y siempre miraba en todo el estado espiritual de los cristianos interesándose de su aprovechamiento o defección de la fe y buenas costumbres y según la oportunidad, instruía a los contendientes de la ley de Dios inculcando su cumplimiento y dándoles consejos de la vida eterna, sin buscar en los favorecidos más que la devoción y la obediencia cristiana debidas a Dios y a los

hombres. (Cardona, 1995, pp. 140-141).

A través de los días, el pensar sobre la política se va convirtiendo en una forma de vida, lo cual se entiende como una dimensión básica del ser del hombre, donde es él, el que manifiesta por intermedio de ella su carácter racional, comunitario, social; de ahí que es el actuar político, el que brinda ese que hacer social que nos vincula y nos mueve a sobrellevar los problemas, simples y complejos que se presentan en una actividad social. Para entender estos diferentes dilemas, San Agustín nos da una amplia explicación sobre la verdad, afirma que ella “no se encuentra en las cosas mortales, sino en las inmortales, puesto que no hay verdad verdadera, sino es por esa gran Verdad que ilumina a todo mortal” (San Agustín, 1946, 1,15).

Queda dicho que el ser político lleva consigo una verdad, ser por intermedio de su gran verdad, un discípulo de ella, para aprehender a ser lo que se es. La dimensión política se trabaja en un todo, buscando desde ello un bien para todos, para de esta forma buscar el pro de un bien público.

El colombiano a través de los días se ha quedado cimentado a nivel político en un egoísmo absurdo, buscando su propio fin y se ve claramente que San Agustín, alrededor de su ideología existencial, buscó, ante todo, salir de ese egoísmo humano que aqueja a todo mortal; sin embargo, el hombre que necesita Colombia, es ese ser que se mueva en beneficio de sus propias decisiones para así impartir hacia los demás una verdadera participación de colectividad.

Al respecto es importante que los seres humanos actúen y realicen el bien, “pero al mismo tiempo buscar del uno al otro a través de la participación corregir lo que está mal y actuar buscando el bien de unos a otros” (San Agustín. *Del libre Albedrío*, Libro I 1, 2).

Políticamente nos damos cuenta que el hombre en su realidad está inmerso en una comunidad de personas que se constituyen como una perspectiva total de lo político. El hombre como verdadero proyecto de vida está llamado a vivir una “realidad estática” (Rodríguez, 1991), ya que él como tal, es un hombre que su “ser es un que-hacer” (Rodríguez, 1991, p. 95), para definir por medio de su realidad racional y política una conducta que lleve desde la política a vivir el valor de la convivencia y participación con los demás.

Es menester rescatar dentro de este contexto, el ejemplo vivo de la persuasión, ya que la convivencia se vuelve participativa por medio de un buen despliegue de palabras.

El que hablando intenta persuadir lo que es bueno, sin despreciar ninguna de estas tres cualidades, a saber, que enseñe, que deleite y mueva, ore y trabaje, como hemos dicho arriba, para que lo oigan, inteligente, agradable y obediente. Si hace esto de modo apto y conveniente, puede ser llamado con derecho elocuente, aun cuando no consiga el asentimiento del oyente. (San Agustín. 1957, 4, 17-34).

Rescatables son las diferentes aserciones que se hacen en torno a ello, el hombre colombiano siendo un protagonista de la vida y de la paz, debe, ante todo, persuadir por medio de la comunicación, llegando así a la enseñanza, al deleite y a la acción, con estas tres cualidades se podrá comprometer consigo mismo y con los demás, para acceder hacia la convivencia y participación que tanto necesita el pueblo colombiano.

A los pensadores griegos se debe una forma estructural de plantear los problemas políticos que se constituyen como el modelo predominante hasta la edad media, incluyendo el pensamiento político de Tomás de Aquino, hoy se trata de recontextualizar lo político, pensado desde el espacio de la ciudad ideal.

La ciudad estaba relacionada desde su etimología con la raíz griega “polis”, dentro de ella su eslabón predominante dentro de la sociedad era la de conectar al ser humano con la parte social, es decir, construir comunidad en relación con el otro y ese otro considerado el ciudadano es el que debe moverse bajo diferentes facetas alrededor del otro, tales como la educación, la ética, los valores, la economía, la política y reafirmar ese compromiso social frente al Estado. Considerar la política en este sentido, es a su vez, solidificar la base de la ciencia política y la filosofía política.

Disertando frente a la política como dimensión genérica de la vida humana y como práctica específica en función del poder del estado, es menester identificar en su acción teórico-práctica, el sentido de la existencia humana como un proyecto de evidencia reflexiva individual frente al acontecimiento social.

Por ello, la política en un sentido estricto es primero una forma de vida antes que teoría y práctica social. Una dimensión genérica y esencial de la vida humana, *una forma de vida* de las personas como núcleo fundamental de la vida con dignidad y la persona como lo que es, en una vida en libertad, autodeterminación y respeto de los derechos.

Política que debe ser praxis, que se encuentra con un hombre político, que en Colombia se caracteriza por la doble moral. Un discurso democrático, digno en la campaña, pero totalmente corrupto en el gobierno. Se dice que en Colombia hay que gobernar de dos maneras, un discurso izquierdista, anti-neoliberal y una ejecución de Gobierno totalmente neoliberal, privatizador o, por otra parte, el sentido de siempre ganar a cualquier costo social, esto es comprando los votos directa o indirectamente, ofreciendo puestos, contratos.

Entendida así, la política en Colombia se convirtió en un

gran negocio rentable: tanto invierto en la campaña, tanto recupero en el gobierno; por cada peso que invierto tanto debo ganar a través de contratos, peculados, venta de juicios amañados, o puestos, contratos millonarios, obras falsas o inconclusas, permisos comprados, empresas promotoras de salud que ganan dividendos sin hacer nada, cobro de impuestos a elevados precios, sobre todo en los servicios públicos y excepción para los partidarios.

Venta de carnet del régimen subsidiado, o adjudicación por votar por el candidato, el cobro de dineros para figurar en una lista al concejo, asamblea, cámara o senado, o para ser el candidato a la alcaldía de un senador, o el pago de dineros por el senador para que el candidato a la alcaldía compre los votos y gane, pero las ganancias del robo al municipio van a medias. O la adjudicación de sueldos elevados a los congresistas, diputados que sesionan siempre extraordinariamente, o la adjudicación de votos, o el regalo de estufas propiedad de Ecopetrol, o el regalo de mercados que contienen productos de tercera o, en la costa, el regalo de tejas de zinc, para los techos de las casas pobres, o el llevar postes de luz en elecciones, o simplemente hacer la famosa tómbola costeña, que es encerrar en un bus a unas cuantas personas registradas en la misma mesa electoral y esperar al político que más pague y cuyo pensamiento político para el común de los mortales es: “hay que estar con el ganador” porque no estarlo significa desempleo, falta de dinero, y garrote al bolsillo del perdedor.

La curia en las diferentes manifestaciones políticas juega el papel de tolerante que, en algunos casos, forma parte del equilibrio social que se debe dar en la sociedad colombiana, para no optar por irse con el ganador, para no intervenir en recursos con la finalidad de recuperarlos muy rentablemente y así, estar lejos del poder y sobre todo de los contratos millonarios de las entidades.

El senado y el congreso legislan una forma de justicia que favorece a este sistema político que mantiene el statu quo en lo económico, por lo tanto, de la violencia, por ende, los datos científicos muestran que es orquestada, instrumentalizada y pensada y que está en Colombia, siempre en defensa de zonas de miedo en las cuales hay riquezas elevadas.

El amor por la vida, por la tierra, por los placeres, por el dominio, por el tiempo, por la vida en la tierra, conducirá hacia la lucha por el poder, por las riquezas y que la vida en la tierra siempre será el reino del thanatos o de la criatura. Caso contrario desde San Agustín, lo único valedero es la vida en el amor a Dios, en el no-tiempo, en el antes del principio y fin de todas las cosas, la política no sería sino la forma de engañarse así mismo sobre que la vida en la tierra es temporal, efímera y que lo único que nos salva es el no-tiempo, el amor a Dios, el antagonismo frente a lo terrenal, todo lo demás es amor a la vida en la tierra.

La política terrenal no es más que el arte de engañar y engañarnos. Para el dominio de la casta que se encuentra en el poder. Y de los políticos habría dos clases: los que son de la casta y los que les quitan pedazos o migajas de ese pastel o quieren ser como ellos, ya que no aman a Dios sino al mundo y sus artes dionisiacos.

San Agustín y el Yo Infinito

San Agustín y el Yo Infinito

Desde tiempos inmemorables el ser humano ha buscado y busca trascender al reencuentro con su espiritualidad, o sea, ir más allá de lo meramente corpóreo y efímero, forjando un pensamiento cada vez más sensible obligado a configurar su esencia humana, o sea desde que el hombre logró tener conciencia de su existencia y de superar la vida meramente instintiva, sobrevino como resultado dialéctico de su convivencia instintiva gregaria, un pensamiento racional, emotivo, dándole sentido y significado a su existir. Así en esta dirección, se puede afirmar que la esencia del hombre no es “existir por existir”, más la configuración de su esencia cuerpo y alma, está determinada por su pensamiento racional, que determina un comportamiento impulsado no únicamente a satisfacer al tiempo (cuerpo), sino vivir para “trascender” y trascender para acercarse al no-tiempo (Dios), lo que implica que además de un cuerpo dinámico hay una complicada y armoniosa mente capaz de crear una espiritualidad que configura un alma, que hace del hombre como hombre, un ser trascendental, dotado de

una sensibilidad y de una perfección de vida que no es más que el encontrar o mejor dicho reencontrar su esencia de vida, en sus orígenes, en su naturaleza mística, en su creencia en Dios, sin importar la “idea” que cada ser humano tenga de él. “Más cuando el alma se arreglare y embelleciere así misma, haciéndose armónica y bella o, contemplar a Dios, fuente de todo lo verdadero y Padre de la misma verdad” (San Agustín. *El Orden*, 2, 19, 51). El alma se engrandece y enaltece su belleza en la gloria de la contemplación de una entidad suprema que es Dios, formando su unidad dialéctica, Dios, hombre y mundo; la cual se hace uno, no en la búsqueda por fuera, sino en el interior del hombre.

Se aprecia claramente que el pensamiento de San Agustín con respecto al “alma” del hombre, traducida en la contemplación, en ese reencontrarse con una entidad inmaterial que le pueda brindar un significado de vida, y que le pueda proporcionar esa unidad dialéctica de uno mismo en un todo, es una decisión, que la persona busca siempre una verdad no su propia verdad existencial, sino por el contrario una verdad que le permita trascender, una verdad metafísica difícil de describir en pensamiento y palabra, pero fácil de sentir, ya que lo único que implica es creer en una entidad suprema, cualesquiera que fuese, Dios, el Universo, el cosmos, etc., esa entidad suprema como lo pudo percibir San Agustín, es Dios, fuente de todo lo verdadero y Padre de la misma verdad, siendo Dios, tres personas distintas pero que al mismo tiempo conforman una sola: Padre, Jesucristo Hijo y Espíritu Santo en un solo Dios verdadero. (David, 2007, p. 30).

Para que pueda ser una verdad real debe tener su significado y el mayor significado de Dios para el hombre es su amor, donde éste se lo desmitifica desde San Agustín en que, “sólo el verdadero amor recibe el nombre de caridad, los demás son concupiscencia, así es también un exceso llamar concupiscentes a los que se aman” (San Agustín. *Sobre la Santísima Trinidad*, Libro VII, 7, 10).

En este sentido y a través del amor, se puede comprender este significado, no es solamente “creer” en una entidad superior, sino comprender en el “sentir” por medio del amor esa realidad o verdad del hombre que siempre está impregnada desde el momento de nuestra existencia terrenal.

Trascender significa adornar el alma y espíritu mediante el amor hacia el otro, hacia el prójimo, en tener donación, mansedumbre y compasión por el mismo hombre, es decir, que la trascendencia de la persona como ente finito, rebase el alcance de su realidad finita, hacia los orígenes de su verdad, o sea, el creer, el amar y el sentir en uno mismo y en un todo integral, **Dios - Hombre en el mundo, incomparable e incognoscible.**

A Dios le hemos de imaginar - si podemos conforme a nuestros alcances como ser bueno sin cualidad, grande sin cantidad, creador sin indigencias, presente sin ubicación, que abarca sin ceñir, todas las cosas omnipotentes sin lugar, eterno sin tiempo, inmutable y autor de todos los cambios, sin átomo de pasividad. (San Agustín. *Sobre La Santísima Trinidad*. Libro IV 1-2).

Adentrarse en la dialéctica agustiniana, es muy complejo, difícil de entender, pero es necesario llegar a una interpretación lo más ceñida en lo que se pueda a su pensamiento; como dice él, a Dios lo podemos imaginar, como bueno sin cualidad y creador sin indulgencias, inmutable y autor de todos los cambios.

En este sentido, percibe a Dios como un ser inmutable que no retracta en sus principios de vida para con el hombre que son: la bondad, la caridad, la honestidad, el amor al prójimo, entre otros. La búsqueda de una perenne dimensión trascendental en el hombre queda sentenciada en el constructo de esa unidad espiritual Dios – Hombre – Mundo, al unísono de una entidad extracorpórea, fuera de

los placeres banales de la carne, no por el justificado sustento de vida (alimento), sino por el codiciado y repudiable egoísmo del hombre que busca saciar su indomable sed de placeres lujuriosos (poder, riqueza, etc.), que lo único que consigue es llevarlo a su propia destrucción (guerras, contaminación, muertes, entre otras).

Existe antes que todo lo creado: más dime señor, tu que siempre vives y nada muere en ti, porque antes del comienzo de los siglos y antes existes tú, y eres Dios y señor de todas las cosas y se hallan en ti las causas de todo lo que es inestable, y permanecen los principios inmutables de todo lo que cambia y viven las razones sempiternas de todo lo temporal. (San Agustín, s.f. *Confesiones*, 1, 6-9).

Sintéticamente el trascender pretende encontrar su verdadera dimensión y alcance de la espiritualidad humana centrada en su reencuentro, es decir, en su naturaleza de origen, en su ancestral sociedad comunitaria de vida, instintiva, primitiva civilización, engrandecida por su espiritualidad y en su convicción de paz con Dios independiente de cualquier idea sobre el ser supremo.

Ahora en nuestro sistema social de vida, “el capitalismo atroz” desea del ser humano un intento por descubrirse así mismo en la vanidad de la lujuria y el deseo de contextos sociales nulos para el progreso espiritual, este tipo de vida que enraíza su alma en el descubrimiento o, mejor dicho, en el redescubrimiento en el amor del “hombre por el hombre”, lo llevará al conflicto humano, más humano que el mismo humano.

Así pues, como el sol visible podemos notar tres cosas: que existe, que expende, que ilumina, de un modo análogo, en el secretísimo sol divino a cuyo conocimiento aspiras, tres cosas se han de considerar, que existe que se clarea y resplandece el conocimiento, que hace inteligible las demás

cosas. (San Agustín, s.f. *Soliloquios* Libro 1, 15).

San Agustín intenta en su retórica decirnos que el mundo terrenal es inestable y que las respuestas o las causas se encuentran en el Dios supremo. La búsqueda de lo trascendental no es netamente material, atemporal en el tiempo y en el espacio, y que la única razón de la existencia humana es encontrar la eternidad, la grandeza de lo bello expresado en el bien, la caridad entre los hombres, que puede ser encontrada en la unidad con Dios, apartándonos de este mundo terrenal, al reencuentro con nuestra esencia, que no es más que la dignidad del hombre, que es su inteligencia, ya que la imagen de Dios está en la mente, en el entendimiento, en lo racional para conocer y contemplar a ese Dios supremo, ya que el hombre se debe a Dios y para ser feliz, ha de domarse a el mismo, de quien recibió su ser, “si todavía les acobarda esto, ahonden en el conocimiento de la unidad en los números y de su valor, sin considerarla en la suprema ley y sumo orden de todas las cosas, en el que cotidianamente sentimos y hacemos” (San Agustín. *El Orden* 11, 18-47).

Este gran pensador patrístico, busca la unidad del hombre con Dios, el valor del hombre no se encuentra en la estructura efímera de las cosas materiales, sino en lo que sentimos y hacemos verdaderamente; y el hacer y sentir propende por apartarnos del mundo terrenal y elevar nuestra esencia humana hacia lo espiritual.

Ahora bien, dentro de la dinámica conceptual, se encuentra que cada vez se hace más evidente el pensamiento de San Agustín que, para trascender, es ineludible separarnos de este mundo terrenal, ya que el mal reside en cada persona, siempre y cuando sea mala; las cosas buenas del mundo las hacen buenas, los hombres buenos, y las cosas malas del mundo, las hacen malas los hombres malos. Un proyecto de vida para el hombre colombiano ha de transcurrir en la

renovación de la mente, dispuesta a un acercamiento espiritual del hombre con Dios, a una sensibilización en apego con el alma humana; si el reencuentro del hombre con su espiritualidad implica conocimiento, conocer también es sentir, sentir es también sensibilizarse por un mundo justo, lleno de amor y belleza espiritual del hombre con Dios y de Dios en el hombre, ya que ese es el anhelo de siempre y su construcción de su dimensión trascendental.

El que busca a Dios y no lo hallado, no está sin Dios: y este hombre medio le pregunte yo – a quien Dios ni es favorable, ni adverso, concedes que tienes y otra no estar sin Dios – Y que es mejor, tener a Dios o no estar sin él? Yo concibo así la cosa: El que vive bien, a Dios propicio, el que vive más, tiene a Dios por enemigo. Y el que le busca todavía y no opináis así también vosotros? Les pregunté – el mismo parecer tenemos respondieron. (San Agustín, s.f. *Sobre la vida Feliz*. 3, 21).

Aferrarse al mundo de bienes materiales y terrenales es un distanciamiento que se refleja en la unión íntima con Dios, al punto de no tener a Dios como su unidad trascendental; lo material compete el no tener a Dios como su favorable, su propicio para el bien; pero aquel que se separa de Dios, hace de su vida una entropía que, si no existe el cambio de vida, su alma oscurecerá en los confines del mundo.

Con estas categorías, se profundiza aún más el pensamiento de San Agustín, sobre aquel que aspira a vivir más en el disfrute de los bienes materiales y se aleja así de Dios, y en esta dirección, encontrar una felicidad que aparentemente pareciere la ovación del momento pero que al final, se entorpece con el dolor que conllevará el alma en los más profundo de sus anhelos, perecerá en el interior de su quehacer cotidiano como ser trascendental, en este sentido de vida y dentro del:

Problema teológico fundamental: hay muchos arduos

problemas relativos a Dios, por ejemplo, como no siendo autor de mal y siendo omnipotente se comete tantos males, y conque fin no he tenido necesidad de él, si el mal eterno o comenzó con el tiempo y si es eterno y estuvo sometido a Dios, si tal vez siempre existió el mundo donde el mal fuese dominado por un orden divino; y si el mundo comenzó a existir alguna vez. Como antes de subsistencia el mal estaba sofrenando por la potestad de Dios. (San Agustín, s.f. *Sobre la vida feliz*, 3, 21).

Entendido así, el fundamento teológico sobre el mal que antes de existir el mal estaba sofrenado por la potestad divina, ahora existe en el tiempo y en el espacio; la filosofía agustiniana apunta a romper o separar el espacio – temporal con el reencuentro del hombre con Dios, ya que el mal es de los hombres malos, pero existe un bien y ese bien está dado por aquellos hombres que han logrado hacer de la dicotomía agustiniana (separación terrenal), la separación del mundo material, o terrenal, con el acercamiento a lo divino, a lo espiritual, que forja un alma llena de bondad, de caridad, de apego al amor del prójimo y de entrega al sacrificio por la humanidad.

Un proyecto de vida para el hombre colombiano en una adaptación y reflexión frente al pensamiento agustiniano dentro de la dimensión trascendental, estriba, en que debemos y tenemos que encontrar un apego a lo espiritual, apartando al ser humano de lo material, es decir, de lo que hace mal a la humanidad; salir de nuestro mundo corpóreo o sea de la saciedad de los placeres banales como son: la acumulación de grandes riquezas, la drogadicción, la prostitución, la violencia instrumentada por los intereses mezquinos de aquellos que tienen como su dios, el poder y el dominio sobre los demás y que únicamente creen en Dios para mitigar, como dirían los psicólogos, algún sentimiento de culpabilidad; es realidad, lo que el ser humano dotado de unos valores internos y externos, no debe desear para encontrarse con esa otra realidad que, por su postura,

inspira paz, mansedumbre, regocijo, calidez y afecto por la vida trascendental y espiritual.

Desde estos antecedentes y con un fundamento holístico frente al pensamiento de San Agustín, se propone dar una visión de ser humano diferente, de un hombre que, por sus capacidades cognitivas, espirituales y trascendentales, encuentre su unidad, la cual está dada por el reencuentro con su ser supremo que es Dios; aquel hombre bueno es aquel hombre comprometido con Dios, que cumple con los mandamientos de la ley divina; cuyo fundamento es el amor, la compasión, la caridad, el valor, la comunicación, aun cuando exista la discordancia.

En síntesis, la visión trascendental agustiniana implica una separación rotunda del mundo banal, a través del amor, la bondad y la caridad del hombre por el hombre, y de esa manera, poder llegar a la eternidad del Dios supremo y así encontrar el deleite celestial.

Antes, pues, de esta violación Adán y Eva agradaban a Dios y éste era benévolo con ellos, y aunque llevaban un cuerpo de condición de animal, no se sentían en él, ningún movimiento rebelde a su voluntad. Debiese esta armonía al orden de la justicia, de modo que habiéndose recibido el alma un cuerpo que le estaba sumiso, como ella estaba sumisa al señor, así el cuerpo obedeciese y prestarse sin resistencia la servidumbre conveniente para aquella clase de vida. (San Agustín, 1952, Libro II 22, 36).

Desde Adán y Eva antes del pecado original, llevaban un alma dentro del cuerpo sumisa, a pesar de llevar un cuerpo de condición animal, no se podía sentir movimientos de la realidad en contra de la voluntad. Aquí, también se puede apreciar la profundidad del pensamiento agustiniano que, una vez más, ratifica la impureza del cuerpo, debido al pecado original. Para poder salvarnos en la gracia del ser supremo (Dios), necesitamos transcender, ir más allá de un

cuerpo estigmatizado por el pecado original; y eso, lo podemos lograr definitivamente en una posición metafísica, en ese constructo del alma racional (conocimiento o sabiduría) hacia el encuentro con ese ser superior que es vida en medio de la vida y bondad para todo aquel que se arrepienta y se convierta al evangelio por amor a Dios.

Si en verdad nuestro cuerpo es pecador y al mismo tiempo incitador de placeres banales o lujuriosos, San Agustín enfatizó, desde luego, en la importancia de los sacramentos, en especial el Bautismo. Al parecer para poder llegar al más allá, o sea, hacia lo intemporal y eterno y, de acuerdo con la visión agustiniana, es necesario un cuerpo sumiso obediente de los mandatos de Dios a través del Evangelio.

Entonces, para el constructo del alma, no únicamente debemos creer en Dios, sino, más bien, sentir su presencia, trasladarnos en espíritu, lo cual significa no ceder a los placeres mundanos. Esta vivencia en verdad es extremadamente difícil para aquel que no se arrepiente y opta por una entrega total a Jesucristo, donde con veracidad, una opción sensata de amor a Dios es la resistencia a los gozos del cuerpo, si se quiere llegar a la gracia eterna, a la salvación, es decir, a la eternidad, a lo intemporal, a lo inmaterial, es necesario despojarse del dolor físico y psíquico (mental), para de esta forma, poder lograr el disfrute del gozo y de la dicha que genera el bienestar espiritual en el regocijo eterno del Padre creador.

Así, para una forma de existencia, de vivencia cotidiana, es de vital importancia, establecer la diferencia de lo que implica la violencia, el odio, la maldad, entre otras. Desde la perspectiva agustiniana y tratando en lo más posible de ceñirnos a su pensamiento, no necesitamos ser profesionales de la psicología o de cualquier ciencia del

comportamiento, en verdad, el fundamento radica en la capacidad del ser humano para observar que la concupiscencia del mundo, siempre engaña el sentir irascible del hombre, el instinto humano está propenso siempre a satisfacer las exigencias del cuerpo (licor, sexo, drogas, dinero, etc.) y, para ello, la interioridad, la exigencia espiritual y el conocimiento de sí, es el reto que todo ser pensante posee para caminar bajo el vestigio de la verdadera realidad: Dios.

Este análisis incita a reflexionar que, aquellos que de una u otra manera se han dedicado a la cuestión espiritual, son menos propensos a satisfacer tales necesidades corpóreas. Entonces, desde el argumento teórico de San Agustín, existe mucha razón en pretender decir que, para la salvación del ser humano, es necesario ir estrictamente a la escisión de nuestro cuerpo físico y, para ello, se debe utilizar lo que se puede denominar: el constructo del alma, es decir, lograr la espiritualidad del hombre para poder transcender en el infinito, definitivo y eterno acercamiento con Dios, como la única verdad suprema.

“Yo soy el que soy”. En el principio existía el verbo. Es siempre el mismo y de la misma manera; como es ahora, así permanece siempre, es inmutable. Este es el sentido de la palabra existencia. Este es un nombre propio, que reveló a su siervo Moisés: Yo soy el que soy y me ha enviado el que es. (San Agustín. Evangelio San Juan 2, 2).

En la existencia de lo eterno, ya había la palabra, como una representación de lo inmaterial. Ya que Dios siempre es el mismo y de la misma manera. La entidad inmutable y eterna mucho antes de existir el hombre como tal ya existía, en verbo o palabra de su presencia divina. Por esta razón, Dios se reveló a su siervo Moisés, dándole el sentido de la palabra existencia, para poder anunciar lo inmaterial (Dios) a través de lo material (la palabra) “Yo soy el que soy y me ha enviado el que es”. Al parecer el aforismo “Yo soy el

que soy”, denota y se puede demostrar una vez más que, Dios es una unidad inmaterial, como lo es el verbo, que también es una entidad fuera de la materia. Entendido así, se aprecia que la expresión: “Yo soy el que soy”, revela que solo existe una unidad inmaterial, eterna y transcendental (más allá de lo material) y esa entidad suprema es Dios.

Más el día séptimo no tiene tarde, ni tiene ocaso, porque lo santificaste para que durare eternamente, a fin de que como tú descansaste el día séptimo después de tantas obras sumamente buenas como hiciste, aunque lo hiciste estando quieto, así la voz de tu libro nos advierte que también nosotros, después de nuestras obras, muy buenas, porque tú nos las has donado, descansaremos en ti el sábado de la vida eterna. (San Agustín, s.f. *Confesiones* XIII 36. 51).

Una vez más, desde luego, el carácter atemporal, inmaterial que le imprime San Agustín, a la concepción de eternidad (Dios), se hace evidente en sus palabras y pensamientos. Por esa misma razón expresa que, el día séptimo no tiene tarde, ni tiene ocaso... y, también nos hace ver que al encontrarse quieto (sin movimiento), él hace las obras santificadas para que se logre la eternidad, la inmortalidad, lo atemporal, el no espacio, y el no-tiempo; todo lo que se mueve implica espacio y tiempo.

Lo eterno no tiene espacio, ni tiempo, por eso se dice que, es quieto (sin movimiento), o sea, una entidad espiritual. A través de las obras buenas para con el prójimo, apartando lo corporal y trascendiendo en el constructo del alma racional (conocimiento de Dios), se podrá lograr esa eternidad, abandonando el sufrimiento corporal y llegar al encuentro con Dios – Padre como única meta divina de vida. La felicidad suprema exige madurez de pensamiento y exigencia espiritual, para de este modo, inhalar el tesoro más preciado y gratificante dentro de la interioridad del ser humano.

Dios es la realidad suprema. Dios no es dos sílabas breves, ni adoramos, ni damos cultos a dos sílabas breves, ni ansiamos llegar a dos sílabas breves, como las cuales antes que comiencen, dejan de sumar. Ni hay lugar en ellas sino ha pasado ni a la primera. Permanece, pues, algo grande, que es Dios, aunque no permanezca el sonido cuando se dice Dios. Mirad así la doctrina de Cristo, y llegaréis al verbo de Dios, y cuando hayáis llegado ya el verbo de Dios, mirad atentamente que Dios era el verbo. (San Agustín, 1974, 29, 4).

Dios, en realidad no representa un sonido de sílabas que conforman una palabra, lo cual da a entender que de nuevo se reafirma que, Dios es algo muy grande, inmaterial, atemporal. Entonces, la importancia radica en que no tenemos, o no debemos dar culto a esas dos sílabas breves (no debemos decir o parafrasear, sino sentir). Dios es eternidad, es infinito, no se crea, ni se destruye, tampoco se transforma, ya que él no es materia, es la eternidad misma orientada o permitida hacia lo meramente espiritual. Si en realidad se puede decir que Dios es verbo, entonces, tenemos que llegar al verbo, a través del verbo mismo y, esa es la forma planteada a través de la doctrina de Cristo.

Proyecto de Vida para el Hombre Colombiano

Proyecto de Vida para el Hombre Colombiano

Para elaborar dentro de un contexto cotidiano una vivencia a través de hechos axiológicos, es necesario hacer énfasis y partir del pensamiento agustiniano sobre el valor que tienen las palabras y su relevancia, caracterizada bajo dos fines: el enseñar y el despertar el recuerdo en nosotros mismos; para ello, utiliza la retórica, que no es más que el poder de persuasión que va encaminado siempre a la búsqueda de ese hombre interior, que reside en la razón y la inteligencia (conocimiento); en este sentido, cuando San Agustín habla del hombre interior, irrevocablemente, esta experiencia la traduce en la búsqueda de esa Verdad Suprema que conduce al ser humano a la eternidad.

Para la factibilidad de buscar un camino dentro de la existencia humana, es necesario cotejar la doctrina de San Agustín con el saber científico actual, para ello, se toma como argumentación teórica a las ciencias más afines con la concepción agustiniana como son: Psicología, Antropología, Teología, Filosofía, Pedagogía, entre otras.

Partimos del hecho de que el pensamiento de San Agustín, en su esencia, discurre en el pensar fuera del tiempo, del espacio, de lo material, es decir, fuera del cuerpo y del mundo terrenal.

Increpa rotundamente el sentido que tiene lo sensorial y perceptivo de lo material, afirmando que la satisfacción de esas dos entidades recíprocas (no puede haber sensación sin percepción en el ser humano), nos conduce necesariamente a una obstinación por satisfacer los placeres, que al volverse repetitivos, deforman la realidad de las cosas u objetos existentes; en el trayecto de esta realidad y planteando juicios que, de antemano planteen una vivencia diferente a la elocuencia del mundo en el cual existimos, se pueden dar en la cotidianidad de vida de todo ser humano dos caminos a seguir: el primero, es el de satisfacción de los instintos o de los placeres materiales como son: el dinero fácil, el poder económico y social, la vida lujuriosa, la prostitución, la drogadicción, el sexo desenfrenado (compulsivo), entre otras. El otro camino es el espiritual, que desea conseguir la inmortalidad, la eternidad, el significado de vida; o sea, desde luego, el trascender orientado al apego de la máxima figura y máxima entidad superior: Dios.

Si tenemos la buena fortuna de lograr esa visión interior, podremos ir más allá de las apariencias y alcanzar la realidad trascendental. Esto es posible si tenemos genuina renunciación, desapasionamiento o ecuanimidad.

Millones y millones de seres humanos nadan con la corriente, pero los pocos que anhelan alcanzar la meta suprema de Dios tienen que nadar contra la corriente; elevarse por sobre el nivel animal y convertirse en la unidad de Dios en esta misma vida, manifestando la divinidad en su interior, lo cual exige respeto, tolerancia, equilibrio, para poder vivenciar desde la materialidad del mundo, un sabor

inmaterial que se encamina hacia la trascendentalidad del alma, unión de lo más humano con lo menos humano.

Una vez logrado avizorar el pensamiento de San Agustín para una propuesta existencial de vida en el hombre colombiano, tenemos que dimensionarlo bajo los parámetros del contenido científico, específicamente, por las Ciencias Humanas y Sociales, tal es el caso de la Psicología, que con respecto a los placeres, propone la satisfacción de los instintos (hambre, sed, sexo); son satisfacciones reflejas de placeres innatos, arquetípicos provenientes de lo que Carl Jung llamó “el inconsciente colectivo”, que procuran únicamente la gratificación de supervivencia.

Estos instintos, a lo largo del desarrollo de la antropomorfía, se convirtieron en pulsiones, que no son más que los deseos o necesidades de placer, que tienen que ser satisfechas porque generan una profunda gratificación; como lo argumentó Sigmund Freud en sus respectivos estudios del desarrollo de la personalidad del hombre; por ejemplo, no es lo mismo el digerir carne cruda como los hicieron en la antigüedad nuestros antepasados humanos, que degustar una carne asada y bien condimentada. En el ejemplo anterior, podemos apreciar claramente que, los instintos primitivos se han convertido en placeres funcionales que, sin cesar, buscan su gratificación inmediata; con ello, evolutivamente surgen otras necesidades en el hombre, que también son gratificantes y tienen básicamente que ver con el conocimiento o la sabiduría del individuo, con el intelecto, con el deseo de significación y de trascender.

Y es ahí donde se instala el pensamiento agustiniano y, dentro de su interpretación, un proyecto de vida dentro del contexto colombiano. Es relevante rescatar y al mismo tiempo proponer, los siguientes aspectos:

Todo acto al volverse repetitivo se convierte en obsesión. Y, para salir de estos actos obsesivos, de acuerdo al pensamiento interpretativo agustiniano, es necesario y fundamental separarnos de lo corpóreo y material, en la medida de lo posible, ya que necesitamos de nuestro cuerpo como vínculo de acercamiento a Dios. San Agustín, desde su teoría filosófica y teológica, propone el argumento de una sensibilidad interior, abandonar lo meramente físico y trascender en el camino de la espiritualidad, en la realización de nuestra alma que está dada por el encuentro con Dios como una unidad suprema y eterna.

El pensamiento interpretativo agustiniano, propone el desapego del ego perverso, limitado al cuerpo, al intelecto material y a los órganos sensorios; con un apego al ego trascendental como yo lo puedo llamar, que dignifica y gratifica nuestra alma, dentro de un mundo eterno, sublime, diáfano; que se consigue con la escisión del cuerpo físico. Sin duda que, no se puede abandonar el cuerpo en las gratificaciones de los instintos tenedores de vida (instintos primarios: hambre, sed, sexo), pero sí, en los instintos funcionales generadores de placeres inmediatos, que pueden ser abolidos o sustituidos por la acción trascendental, o sea, en la búsqueda del no-tiempo, libre de espacio y tiempo, de lo inmaterial, es decir, lo que se encuentra en Dios = Verdad Suprema, como significación del culmen máximo que, todo ser humano a través de su existencialidad puede alcanzar dentro de su vida interior.

Una opción de vida dentro de un contexto cotidiano, es lo que propone San Agustín en el camino trascendental, esa riqueza espiritual que configura el alma basada en la fe, en la entrega, en el sacrificio por lo sublime, por lo eterno y perenne del acercamiento del hombre con Dios, es un itinerario fuerte dentro del contexto de la interioridad agustiniana, “Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto”, palabras sabias del Evangelio de San Mateo en el

capítulo 5 versículo 48, que de manera directa deben hacer eco en la resonancia de nuestro trajinar en el mundo material.

Empero, cuando gozamos durante largo tiempo de algún objeto particular, es probable que, en algún momento, se produzca una reacción (hastío, insatisfacción, entre otras). En cambio, el mundo espiritual jamás produce reacción, solo hay un sentimiento de inmensa dicha, de plena convicción frente a la vida humana misma, para que, a través de este itinerario, la existencia alcance la fuerza gratificante de lo menos humano con lo más humano.

Así, este goce y vida manifestada a través de la interioridad, se vuelve realmente bendita y glorificante, ya que el ente espiritual alcanza la bonanza de lo que, el alma en medio de su trascendentalidad, confluyen en un solo descanso, Dios como única y verdadera realidad. Este impacto, que con antelación nos produce la gratificación de ese siempre añorado bienestar, que en definitiva es lo que todo ser humano busca en su existencia y, que por ende, no puede apartarse de lo material, de la tangibilidad concreta, de los placeres banales y poco concretos para la vida espiritual, se hace necesario, desde una visión cristiana, un pensamiento que ilumine el sentir de un proyecto de vida y, para ello, la propuesta agustiniana de trascender hacia el no-tiempo, que significa el establecer el acercamiento del hombre con Dios, que basado en la fundación y principios de su comunidad, donde su regla o principio de convivencia era “ante todo, amar a Dios; después, también al prójimo, porque estos son los mandatos principales que se nos han dado” (Agustinos Recoletos, 1987, p. 19).

De igual manera, el respeto hacia las demás personas sin importar su condición de vida, la generosidad, la compasión y la pobreza en comunidad, despojarse de bienes materiales y tratar de repartirlos en lo posible en

forma equitativa, eran umbrales de la vida que rige la acción agustiniana. En definitiva, un proyecto de vida dentro del contexto colombiano tiene que darse en términos de univocidad con el quehacer del ciudadano colombiano en su respectivo orden social anteriormente establecido. Para esto a todas las actividades diarias, se tiene que impregnar del sentido y significado espiritual, para lograr ese bienestar interior.

En lo que respecta a lo pedagógico, el proyecto de vida tiene que estar orientado no únicamente al proceso de enseñanza y aprendizaje, sino más bien a la ejecución de labores o actividades prácticas, que tengan el sustento espiritual, el cual se proclama en mi propuesta agustiniana, y se vuelve a recalcar que, ese sustento o nexo dentro de la vida trascendental, se puede establecer con la amistad, el respeto y el amor al prójimo. Para ello, se establece ese constructo espiritual agustiniano que, puede aportar al proyecto de vida del hombre colombiano dentro de una retórica sugestiva, no con sermones innecesarios, sino con la oración de renuncia a lo vano, a lo no trascendental, a lo lujurioso y pagano con una retórica que incite al hombre a cultivar su espíritu, su grandeza del alma, que no es más que el intelecto y la razón del bien con su gratificación que se encuentra en el bienestar espiritual del hombre.

En cuanto a la meditación trascendental debemos tratar de fijar nuestra atención en las profundidades de nuestro ser. Puede ser que, a pesar de nuestros repetidos intentos no lo logremos, tal vez el mundo en que vivimos no nos permite ir más allá. Ésta ha sido, diríamos, la experiencia más difícil de casi de todos los santos y sinceros buscadores de la verdad. Lo que necesitamos es la purificación interior, libre de impurezas del mundo terrenal que afecten el constructo de nuestra espiritualidad. Debemos tener en cuenta que ningún desarrollo es posible a menos que nos empeñemos en practicar pureza de pensamiento, palabra y obra.

Según la realidad colombiana y de acuerdo con los presupuestos agustinianos, el hombre colombiano como proyecto de vida, en cuanto a la dimensión personal debe ser el protagonista de su esencia antropológica y espiritual, ya que de él y desde su propia voluntad al estilo agustiniano, elabora situaciones que van en pro de su auténtica realidad. El ser humano como tal es un proyecto de vida que se va elaborando día a día, así como el ingeniero que edifica cierta construcción y parte desde los cimientos, así mismo, el hombre como protagonista de su propio proyecto de vida es el cimiento que se elabora con la tenacidad y astucia intelectual y volitiva, que va devengando las diferentes situaciones a las cuales se enfrenta en su diario existir. El ser colombiano implica sagacidad espiritual y vivencial, para que desde ahí se forme el verdadero protagonista de la convivencia pacífica, que necesita nuestro país, siendo el hombre mismo, el verdadero proyecto de su vida personal.

Socialmente, Colombia está abatida por una serie de episodios que no la han dejado surgir como un verdadero país de convivencia. Violencia, delincuencia, asesinatos, droga son algunos de los apartes que están y se presentan en medio de la realidad social colombiana, y ¿qué hacer frente a ello?, la respuesta no está en la parte estática, sino en la dinamicidad que debe proyectar el hombre desde su ente espiritual, para colocar contra los violentos, no con las armas sino con la paz, no con el bullicio sino con el arte de la elocuencia en pro del bien colectivo y participativo, así como aquel orador patrístico San Agustín, quien después de su demagogia, habló y actuó con benevolencia derrocando a las diferentes herejías o cismas que se presentaban en aquel momento. El hombre como ser eminentemente social, necesita de la palabra y la actuación para así dar a conocer la esencia de lo que significa ser un verdadero hombre social en medio de la realidad colombiana.

Políticamente, Colombia vive una angustia existencial, donde se ha perdido la idoneidad, la autenticidad y la cotidianidad de la verdadera convivencia política, empero, y siguiendo esta desazón, el hombre colombiano necesita de diferentes intuiciones colectivas para formar, así como los filósofos griegos de la historia clásica, una filosofía que vaya en pro de la coherencia de nuestro verdadero intelecto, para así realizar un análisis profundo de lo que significa ser un verdadero hombre político, quien es el que instruye y da paso a la reivindicación de la lucha por los ideales altruistas, en pro de una verdadera organización de principios y valores políticos. Es así que, ser político en medio de la democracia colombiana significa ser capaz de intervenir en los asuntos públicos para que, con la exigencia de ideas, se llegue de manera amena a la verdadera convivencia de autorreflexión e interiorización de lo que significa la verdadera acción política. *¡Colombiano tú eres la fuente de vida que necesita el país para salir del anquilosamiento de la corrupción política!*

Por último, nos encontramos con la dimensión trascendental, la cual según la Filosofía Agustiniiana, marca el propósito de la parte meramente interior para dirigirse hacia lo incorpóreo y eterno, la cual está referida al embellecimiento del alma que se enaltece en la gloria de la contemplación de una entidad suprema: Dios, el trascender no implica el paso de un estado temporal a un estado no temporal, sin embargo, este ejecutar se lo puede vivenciar desde la parte temporal, donde encontramos una apreciación de naturaleza mística armoniosa y espiritual que, día a día, va ejecutando episodios que el hombre realiza en su cotidianidad.

Un proyecto de vida, se traduce desde los principios agustinianos en cultivar el mundo interior, ya que el hombre interior es quien conoce las cosas de Dios por medio de la sabiduría que nos une a él, forjando así un

proyecto que vislumbre la parte ontológica desde el plano trascendental. El ser colombiano es un principio categórico de todo habitante del país y, es necesario partir de la verdadera iluminación e interioridad, para así irradiar un mensaje de paz en pro de la auténtica vivencia atemporal, la cual no se la encuentra en el mundo sensible y exterior sino en la trascendencia de lo que significa ser un verdadero hombre colombiano con características trascendentales.

A manera de Conclusión

A manera de Conclusión

La crisis en todos los campos de la vida afecta al país que ha sido objeto de múltiples análisis, atribuyéndosele causales que van desde lo estructural, es decir, desde el sistema político, económico y social que rige al país, hasta fenómenos de orden externo como la globalización de la economía y la decisiva influencia que parecen tener en cuenta organismos como el Fondo Monetario Internacional.

También se ha hablado de la crisis de valores, de la desintegración familiar y de la baja calidad en la educación, donde el ser humano es un ente que, por estar aislado espiritualmente de Dios, navega en una guerra que a todos compromete, llevándolo a un vacío de pensamiento que conduce a una era de vacíos tanto en lo filosófico, teológico, antropológico como axiológico.

Es posible que todos estos factores antes mencionados tengan relación en algo con la actual situación de Colombia,

pero sería interesante detenernos en lo relacionado con la educación, especialmente, en el tipo de hombre que se pretende formar. Si la educación no define, cuál es el modelo de hombre que necesita Colombia y con base en ello, no orienta todos los procesos, estrategias y objetivos para lograrlo, ¿será posible hablar de pertenencia y calidad en este proceso tan fundamental para la cultura y desarrollo humano?

Esa es, a mi parecer la problemática más clara del sistema educativo colombiano, el no haber definido con claridad el proyecto de vida para el sujeto al cual se dirige toda la acción formadora. Axiológicamente en Colombia se asiste a una época caracterizada por el deterioro y confusión en la práctica de valores morales y espirituales, que embarca al ser humano a una desintegración individual, descomposición familiar y convulsión en el orden social.

Este análisis pretende centrar su interés en indagar hasta qué punto el pensamiento agustiniano puede aportar elementos válidos que permitan configurar una propuesta en tal sentido, o sea, en la búsqueda de la reivindicación moral y espiritual del hombre colombiano como proyecto de vida.

Este designio existencial que se construye a partir de los fundamentos filosóficos y teológicos de este Doctor y Padre de la Iglesia debe contemplar la integridad del proceso educativo. El ser humano debido a las desacreditadas políticas de los gobernantes de turno es víctima de una baja calidad de la educación para su niñez y su juventud, que únicamente pretende en su contenido, impartir una serie de conocimientos mecanicistas o simplemente humano. De ahí que, al buscar en el pensamiento de San Agustín, los posibles aportes para ese propósito, habría que hacerlo en las diversas dimensiones del hombre: lo personal, lo social,

lo político y lo trascendental.

El pensamiento agustiniano, en su concepción del mundo, pretende que todos busquemos incesantemente la gracia divina, a través de la construcción de nuestra alma racional; es decir, llegar a Dios como única verdad suprema, por medio de la separación material.

De acuerdo con la dimensión personal, el hombre colombiano debe ser el protagonista de su propia existencia ontológica, para que ejecute acciones que vayan en pro de un verdadero constructo vivencial, tanto para su propia autenticidad y formación personal como para irradiar desde este plano, la avidez del hombre colombiano.

En relación a la dimensión social, el hombre como ser social por excelencia, debe proyectar brotes de fidelidad y coherencia de vida, para que, a raíz de este ejemplo, los demás partidarios de la convivencia pacífica empiecen a corroborar con la sociabilidad que Colombia necesita.

Políticamente Colombia esta abatida por la demagogia y según la Filosofía agustiniana, el hombre para ser un ente netamente político debe alejarse de la falsa politiquería y formar de acuerdo con su experiencia de vida una política libre y sana, donde el hombre pueda intervenir en los diferentes asuntos públicos, para así dar coherencia e idoneidad a lo que el hombre con su presupuesto de vida desea realizar en la actividad social.

En cuanto a la dimensión trascendental, el hombre como un ser dotado de la parte espiritual necesita de antemano, forjar un episodio que vaya al rescate de los diferentes valores y, para ello, necesariamente debe partir de la parte trascendental para así hacer caso omiso al tiempo, y remontarse con coherencia de vida hacia el no tiempo, donde, por ende, se encuentra la felicidad auténtica y libre

con el ser superior que lo gobierna todo en medio del todo.

Para poder construir el alma racional (sabiduría con Dios), es necesario trascender, para ello es necesario fluir en una espiritualidad, basada en lograr el verbo con Dios, a través de las escrituras doctrinales de Jesús, tratando de no ceder a los placeres del cuerpo.

La persona que ama al mundo se olvida de su alma, ama lo temporal, ama lo terreno, es decir, se encuentra condenado a la satisfacción de los placeres corpóreos, no por satisfacer los instintos mantenedores de vida (hambre, sed, procreación) sino, por el contrario, los placeres banales, lujuriosos, netamente mundanos o terrenales y temporales. Estos placeres son del tipo obsesivo, cuya única meta es lograr la saciedad de lo que se puede denominar: bajos instintos.

Existen hombres buenos por “ser hombres con actos buenos”. San Agustín afirma que la sustancia del hombre es el bien, y lo que lo hace malo es su perversidad; y son todas aquellas personas que han seguido por el camino del cuerpo y no del espíritu.

Para el proyecto de vida del hombre colombiano, es necesario tener en cuenta que existen dos caminos de acuerdo con el pensamiento interpretativo de San Agustín: el primero puede ser realizado aquí en lo terrenal, al no poder escapar de lo corpóreo, es limitarse a las tentativas de lo material y recogerse en la cuestión espiritual en todos los actos que se hagan. El segundo y definitivo y tal vez único, es el de trascender en un recogimiento con la Verdad Suprema, que implica una separación de lo corpóreo en forma radical, haciendo el ejercicio de la fe, del Evangelio, de la caridad cristiana bajo los sacramentos de la ley divina, esperando la llegada del redentor para su absolución definitiva y liberadora del pecado original.

Para alcanzar la eternidad, el no-tiempo, lo absoluto, es centrar o proyectarnos en ese constructo del alma racional; se puede lograrlo con la retórica impulsada, el imploramiento y salvación de las almas por medio de los sacramentos de fe y del Evangelio en Cristo; esperando esa gloriosa venida de Dios que nos hará salvar del pecado estigmatizado desde los orígenes de lo temporal y terreno del hombre, ya que fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios.

En la cuestión del aprendizaje, no debemos captar lo meramente mecanicista teórico práctico, por el contrario, todos los conocimientos y actividades del ser humano, deben estar encausados en un sentido pragmático, de lo contrario no se hace ciencia, ni se hace vida. La educación colombiana debe estar basada en la educación integral. Se puede decir que, el amor, la amistad, el saber, son factores que están estrechamente unidos a lo mental y, por ende, a lo espiritual.

Debemos amar a Dios, al no-tiempo, amar a la vida, a la tierra, al tiempo factores determinantes que, con vivencia en equilibrio, dan la base para salvar nuestra alma. Esta es una decisión personal gracias al libre albedrío y debemos creer por fe, sin perder el amor a la sabiduría.

Amar al mundo es aferrarnos a él y tendremos que tolerar las consecuencias de amar el poder, el gozo, la lucha y las consecuencias que ello conlleve y, que son evidentes en el presente y en el pasado de la historia. La violencia no es nueva, la corrupción tampoco surgió cuando el hombre pensó que se podría beneficiar sometiendo al otro, y nació así el amor por la vida y sus placeres. O amas al mundo o amas a Dios.

Hay que tener dos tolerancias: que los hombres malos, los que aman al mundo y al tiempo, sus goces, su disfrute y su

sufrimiento en ausencia de Dios, lucharán siempre por el poder; debemos tolerar o estar calmados más que todo frente a esta situación, ya que ellos no entienden el precepto del pecado original y su perdón. Debemos tolerar que no saben lo que hacen, pero en paciencia, en tranquilidad. La otra tolerancia es que, si amamos al mundo, al tiempo, lo terrenal debemos tolerar la lucha por el poder, las riquezas, ya que serán una consecuencia. Los nuevos conceptos de tolerancia se refieren al respeto de la libertad de culto y pensamiento.

Lo político es humano, es terrenal del tiempo, es amor a la vida. Lo divino no es de este mundo; son dos cosas que debemos tener muy claro.

Referencias bibliográficas

Referencias bibliográficas

Agustinos Recoletos. (1987). Regla y Constituciones de los Agustinos Recoletos. Augustinus.

Álvarez, F. J. (2004). Historia del pensamiento cristiano 2. Filosofía Medieval. Barcelona: Publicaciones Andamio.

Arenas, E. (1995). Agustín Maestro de Pedagogía. Manizales: Seminario Mayor San Agustín.

Asiediu, F.B.A. (2000). El Hotensius de Ciceron, La filosofía y la vida mundana del joven Agustín. Revista Avgvstinvs, 45, 176-177.

Brincal, B. (1982). Agustín y la vida feliz. Roma: Universidad Gregoriana de Roma.

Burnell, P. (2000). Las Funciones de la Familia y de la Sociedad Civil, en La Ciudad de Dios de San Agustín. Revista Avgvstinvs, 27-28.

Campelo, M. (2000). San Agustín y el Padre Nuestra. Revista Avgvstinvs, 41.

Capanaga, V. (1979). Tratado sobre la verdad en San Agustín. Roma: Universidad Gregoriana de Roma. 1979.

_____. (1984). Agustín y el maestro. Roma: Universidad Gregoriana de Roma.

Cardona, C. E. (1995). OAR. Agustinismo en 20 lecciones. Santa fe de Bogotá.

- Centro de Referencia Nacional Sobre Violencia Forensis. (1999). Datos para la vida. Medicina Legal y Ciencias Forenses.
- David, O. (2007). EL TIEMPO barrera del infinito. Revista UNIMAR, (42), 29-31.
- Descartes, R. (s.f.). El Discurso del Método. Fondo Editorial Progreso.
- De Silva, Á. (2000). Agustín de nuevo. Revista Avgvstinvs, 91-94.
- Drobner, H. (2000). La Cronología de los Sermones Ad Populum de San Agustín. Madrid.
- Gaudium et spes. Numeral 53. Pág. 186.
- Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. (2000). Forensis 1999. Datos para la vida. Bogotá, Colombia: Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses.
- Lössl, J. (2000). De peccatorum meritis et remissione y de spiritu et littera: Se dependencia respecto a de libero arbitrio y a de diuersis quaestionibus ad Simplicianum. Revista Avgvstinvs, 111-110.
- Martínez, Á. (1988). Agustín y la Conversión. Universidad de Salamanca.
- Márquez, G. (1996). Colombia: Al Filo de la oportunidad (un país al alcance de los Niños). Tomo I. Santa Fe de Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Mera, M. C., Otero, C. N., Montenegro, J. A. y Tello, F. A. (2011). *Educación problematizadora para la personalización liberadora*. (Trabajo de Especialización). Universidad Católica de Manizales, Popayán, Colombia.
- Moriones, F. (2000). Jesucristo Rdentor y Maestro de Humildad, según San Agustín. Revista Avgvstinvs, 152-153.

- Ortega y Gasset, J. (1957). *¿Qué es la Filosofía?*. Madrid: Publicado por la R. de O.
- Rosental, M. M. y Iudin, P. F. (Trad.). (1967). *Diccionario filosófico*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- San Agustín. (s.f.). *Confesiones*. Libro 1, 6 – 9. Recuperado de <https://albalearning.com/audiolibros/sanagustin/c-1-01.html>
- _____. (s.f.). *Confesiones*. Libro X 22, 32. Recuperado de <http://www.biblioteca.org.ar/libros/132410.pdf>
- _____. (s.f.). *Confesiones*. Libro XIII 36, 51. Recuperado de <https://albalearning.com/audiolibros/sanagustin/c-1-13.html>
- _____. (s.f.). *El Orden*. Libro 1, 1-3. Recuperado de https://www.augustinus.it/spagnolo/ordine/ordine_1.htm
- _____. (s.f.). *El Orden*. Libro 2, 3, 38. Recuperado de https://www.augustinus.it/spagnolo/ordine/ordine_2.htm
- _____. (s.f.). *El Orden*. libro 11, 18-47.
- _____. (s.f.). *El Maestro*, 14, 45 - 46.
- _____. (s.f.). *Evangelio de San Juan* 3, 4.
- _____. (s.f.). *Evangelio de San Juan* 2, 2.
- _____. (s.f.). *Evangelio de San Juan* 2, 11.
- _____. (1946). *Los Soliloquios*. Tomo I. Madrid: BAC.
- _____. (1947). *Del Maestro*. Tomo III. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos BAC.
- _____. (1957). *Del Génesis contra los maniqueos*. Tomo XV. Madrid: BAC.

- _____. (1957). De la Doctrina Cristiana. Tomo XV. Madrid: BAC.
- _____. (1977). La ciudad de Dios. Tomo XVI. Vol. 1. Madrid: BAC.
- _____. (1946). La trinidad. Madrid: Bac Libro VIII, 7 – 10. De la Santísima Trinidad. Tomo V. Madrid: BAC
- _____. (1947). Del Libre Albedrío. Tomo III. Madrid: BAC.
- _____. (s.f.). Sermones. 142, 3. Recuperado de https://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/discorso_184_testo.htm
- _____. (s.f.). Sermones. 80, 8. Recuperado de https://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/discorso_107_testo.htm
- _____. (s.f.). Sobre la Paciencia. Vol. 12 19, 16.
- _____. (s.f.). Soliloquios. Libro 1, 15. Recuperado de https://www.augustinus.it/spagnolo/soliloqui/soliloqui_1.htm
- _____. (s.f.). Sobre la Santísima Trinidad. Libro VII, 7, 10.
- _____. (s.f.). Sobre La Santísima Trinidad. Libro IV, 1 – 2.
- _____. (s.f.). Sobre la vida Feliz. 3, 21. Recuperado de <https://www.augustinus.it/spagnolo/felicit/index2.htm>
- _____. (1952). Sobre los Méritos y el perdón. Tomo IX. Madrid: BAC.
- _____. (1974). Tratados sobre el Evangelio de San Juan (36-124). Tomo II. Madrid: BAC.
- Trape, A. (1989). Agustín, el hombre, el pastor y el místico. Salamanca, España: Universidad de Salamanca.
- Trundle, R. (2000). San Agustín y el Dios del Filósofo Moderno. Revista Avgvstinvs, 216-217.

Valery, P. (1961). Política del Espíritu. Buenos Aires: Editorial Losada.

Rodríguez, E. (1991). ¿Qué es la política?. Bogotá D.C.: Editorial el Buho Ltda.

Bibliografía

Bibliografía

Agustinos Recoletos. (1987). Regla Constituciones y Código Adicional. Madrid: Editoriales Avgvstinvs.

_____. (1976 – 1979). Revista Trimestral. Madrid: Editoriales Avgvstinvs.

Beltrán Peña, F. (1981). Filosofía Medieval y del Renacimiento. Bogotá: Universidad Santo Tomás. Centro de Enseñanza desescolarizada.

Centro de Referencia Nacional sobre Violencia - FORESENSIS. (2000). Datos para la vida. Bogotá D.C.

Consejería Presidencial para el Desarrollo Institucional. (1996). Colombia al filo de la oportunidad. Santa fe de Bogotá: Editores Tercer Mundo.

Documentos Completos del Concilio Vaticano Segundo. (1974). España: Ediciones Mensajero.

Ferrater Mora, J. (1994). Diccionario de Filosofía. Tomo I, II, III, IV. Barcelona: Editorial Ariel.

Gaviria, N. (1963). Filosofía de la Educación. (3ra. Ed.). Medellín: Ediciones Bedout.

- Gilson, E. (1962). *El Filósofo y la Teología*. (2da. ed.). Madrid: Ediciones Guadamará.
- Gonzales Álvarez, A. (1963). *Filosofía de la Educación*. Buenos Aires.
- Hughes, P. (1975). *Síntesis de Historia de la Iglesia*. Barcelona: Editorial Herder S.A.
- Marquinez Argote, G. (1981). *Filosofía de la Región*. Bogotá: Universidad Santo Tomás. Centro de Enseñanza desescolarizada.
- Messer, A. (1999). *Filosofía Antigua y Medieval*. Buenos Aires.
- Morras, Á. (1991). *Agustín de Hipona*. Roma: Universidad Gregoriana de Roma.
- Mockus, A. et al. (1999). *Educación para la Paz*. Santafé de Bogotá: Editorial Magisterio.
- Redden, J. (1961). *Filosofía Católica de la Educación*. Madrid.
- San Agustín. (1847). *De la cantidad del Alma*. Tomo III. Madrid: BAC.
- _____. (1946). *De la vida Feliz*. Tomo I. Madrid: BAC.
- _____. (1946). *Del orden*. Tomo I. Madrid: BAC.
- _____. (1947). *De la naturaleza del bien*. Tomo III. Madrid: BAC.
- _____. (1948). *Tratado Sobre la Santísima Trinidad*. Tomo V. Madrid: BAC.
- _____. (1949). *Del Espíritu y de la Letra*. Tomo IV. Madrid: BAC.
- _____. (1949). *Del Don de la Perseverancia*. Tomo IV. Madrid: BAC.
- _____. (1949). *Del Espíritu y de la Letra*. Tomo VI. Madrid: BAC.

- _____. (1949). De la gracia de Jesucristo y del pecado original. Tomo IV. Madrid: BAC.
- _____. (1952). Homilías. Tomo X. Madrid: BAC.
- _____. (1953). Cartas. Tomo XI. Madrid: BAC.
- _____. (1957). Del Génesis a la letra. Tomo XV. Madrid: BAC.
- _____. (1955). Tratados sobre el Evangelio de San Juan (1-35). Tomo XIII. Madrid: BAC.
- _____. (1973). El Sermón de la Montaña. Tomo XII. Madrid: BAC.
- _____. (1975). De la verdadera Religión. Tomo IV. Madrid: BAC.
- _____. (1975). Enquiridión. Tomo IV. Madrid: BAC.
- _____. (1949). Del Don de la Perseverancia. Tomo VI. Madrid: BAC.
- Secretaria del Bienestar Social. (1996). Diagnóstico social de Medellín. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Signos Universitarios. (1996). Revista Universidad del Salvador. Ediciones Universidad del Salvador.
- Rosero, F. (1999). Dios, Hombre y Mundo. Manizales: Seminario Mayor San Agustín.

Datos cronológicos más importantes de la vida de San Agustín

Datos cronológicos más importantes de la vida de San Agustín

- 354 Nace en Tagaste, norte de África, el 13 de noviembre.
- 361 Estudia las primeras letras en Tagaste. Grave enfermedad.
- 367 Va a Madura a estudiar Gramática.
- 370 Interrumpe los estudios. Permanece un año en Tagaste. Comienzan los desórdenes morales.
- 371 Prosigue los estudios en Cartago. Muere Patricio. Comienza a vivir con la madre de Adeodato.
- 372 Nace Adeodato. Lee el Hortensio; intento de leer la Biblia. Se adhiere al maniqueísmo.
- 374 Vuelve a Tagaste y enseña Retórica.
- 376 Con la ayuda de Romaniano se establece en Cartago, donde abre escuela de Retórica.
- 380 Escribe el tratado Lo apto y lo conveniente, perdido.
- 383 Encuentro con Fausto. Engaña a su madre y sale para Roma, como profesor de elocuencia. Grave enfermedad. Comienza a alejarse del maniqueísmo.
- 384 Pasa a Milán con el mismo fin y comienza a ser oyente de los sermones de San Ambrosio. Decide ser

- catecúmeno de la Iglesia Católica.
- 385 Pronuncia el panegírico del emperador Valentiniano II y el de Bautón. Llega Mónica. Luchas interiores. Simpatía por la Iglesia Católica y por las Escrituras.
- 386 Proyecto de matrimonio y de vida común. Lectura de los neo-platónicos y de las epístolas de San Pablo. Entrevista con Simpliciano y Ponticiano. Escena del jardín y Conversión. Se retira a la granja de Verecundo, en Casiciaco, con su madre y amigos (hacia septiembre).
- 387 Vuelve a Milán y de San Ambrosio recibe el bautismo en la noche pascual del 24-25 de abril. Emprende el regreso a África con su madre, que muere en Ostia del Tíber. Se detiene en Roma casi un año.
- 388 Parte para África, deteniéndose en Cartago algún tiempo. Funda el primer monasterio agustiniano en Tagaste, donde permanece tres años.
- 389 Muere Adeodato.
- 391 Va a Hipona y es ordenado sacerdote allá, para ayudar al obispo Valerio. Funda el segundo monasterio en el huerto donado por el obispo.
- 392 Disputa con Fortunato, maniqueo, en Hipona, el 28 de agosto.
- 393 Sínodo de Hipona (8 de octubre), donde predica sobre la fe y el Símbolo.
- 395 Es nombrado obispo auxiliar de Valerio y lo consagra Megalio, obispo de Numidia.
- 397 Asiste a un concilio en Cartago. Muere Valerio y le sucede en la Sede Episcopal.
- 398 Controversia con Félix, maniqueo, quien se convierte a la fe católica.
- 399 Entrevista con Crispín, obispo donatista de Calama.
- 401 Asiste a un concilio de Cartago. Lucha con los donatistas.
- 404 Va a otro concilio de Cartago.
- 410 Saqueo de Roma por los godos.
- 411 Conferencia en Cartago entre católicos y donatistas.

- 413 Comienza la Ciudad de Dios.
- 414 Pablo Orosio, sacerdote español, llega a Hipona para consultar a San Agustín, que lo comisiona para ir a Palestina (415) con motivo de la cuestión pelagiana.
- 416 Asiste al concilio de Milevi, contra los pelagianos.
- 419 Asiste a otro concilio en Cartago.
- 426 Termina la Ciudad de Dios y nombra a Heraclio obispo auxiliar.
- 428 Conferencia con Maximino, obispo arriano.
- 429 Los vándalos, capitaneados por Genserico, invaden Numidia.
- 430 Genserico sitia a Hipona en junio.
- 430 Muere San Agustín el 28 de agosto y su cuerpo es depuesto en la Basílica de la Paz.
- 504 Se trasladan sus restos a Cagliari, en Cerdeña, Italia.
- 722 Por obra del rey Luitprando, de Cagliari, se trasladan a Pavía, a la basílica de San Pedro en Cielo de oro.
- 1832 Son llevadas sus reliquias a la catedral de Pavía.
- 1900 Se devuelven a la misma basílica de San Pedro, donde actualmente reposan, en Pavía, Italia.

Esta investigación se encamina a responder, a partir del pensamiento de San Agustín, y desde sus fuentes bibliográficas, a los interrogantes acerca del proyecto de vida para el hombre colombiano. Se Hace un planteamiento desde las fuentes de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), una hermenéutica a diferentes textos para apropiarlos al contexto de la situación actual que vive el ser humano en el país de Colombia y a partir de allí construir un eslabón ético frente a la actuación que debe poseer ése habitante, para aportar desde las humanidades la construcción de una Colombia más justa y más equilibrada.

San Agustín es un gran Santo, conocido como uno de los primeros doctores de la Iglesia Católica. Los primeros años de su vida estuvieron marcados por una serie de situaciones antagónicas frente al proyecto de vida espiritual que más adelante emprenderá. Después de pasar por diferentes instancias institucionales, morales e intelectuales en busca de la verdad, agobiado por el desenfreno del mundo, se da cuenta que ese no es el camino, sin embargo, en un alto en el camino aparece la iluminación de Dios por medio de los textos sagrados, "Toma y lee, Toma y lee", donde San Agustín tiene el primer acercamiento verdadero con la palabra de Dios, "Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias" (Rom. 13, 13-14), la sombra de San Pablo lo acompañará a lo largo de sus días subsiguientes.

Orlando Enar David Solarte

"Y eres tú mismo quien estimula al ser humano a que halle satisfacción alabándote, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti".
(Conf. I, I, I)

ISBN: 978-958-5484-55-9



9 789585 484559

El hombre, a diferencia de los animales, tiene la capacidad de razonar y ser consciente de sí mismo y de su entorno. En la medida, en la cual se puede conocer su existencia, puede ser sobre la misma vida y vivir una vida digna a lo largo del camino del bien.

Por tanto, quien se conduce rectamente es aquel hombre que no se subordina a los malos deseos, sino que se domina imperando sobre ellos, ayudado, obviamente, por la mente.

Adolfo Sagastume - Origen del mal en San Agustín

ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

Libros

1. El repujador de la muerte (2005). 1ra edición. ISBN 958-33-8312-0. San Juan de Pasto: Graficolor.

Artículos en revistas especializadas

1. EL TIEMPO BARRERA DEL INFINITO. Revista Unimar. / ISSN 0121-4327. Vol. 25 Núm. 2 (2007)
2. LA PEDAGOGÍA EN EL TIEMPO, Y LA INVESTIGACIÓN EN EL AHORA. Revista Unimar. / ISSN 0120-4327. Vol. 26 Núm. 4 (2008)
3. EL PAPEL DE LA EPISTEMOLOGÍA EN LA FORMACIÓN ACADÉMICA. Revista Unimar / ISSN 0120-4327. Vol. 34 Núm. 2 (2016).
4. EL SER Y QUEHACER DE LA ETNIA COREGUAJE DENTRO DEL SABER FILOSÓFICO ANCESTRAL. Revista Escritos / ISSN 2390-0032. Vol. 29 Núm. 63 (2021).

Esta investigación se encamina a responder, a partir del pensamiento de San Agustín, y desde sus fuentes bibliográficas, a los interrogantes acerca del proyecto de vida para el hombre colombiano. Se Hace un planteamiento desde las fuentes de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), una hermenéutica a diferentes textos para apropiarlos al contexto de la situación actual que vive el ser humano en el país de Colombia y a partir de allí construir un eslabón ético frente a la actuación que debe poseer ése habitante, para aportar desde las humanidades la construcción de una Colombia más justa y más equilibrada.

San Agustín es un gran Santo, conocido como uno de los primeros doctores de la Iglesia Católica. Los primeros años de su vida estuvieron marcados por una serie de situaciones antagónicas frente al proyecto de vida espiritual que más adelante emprenderá. Después de pasar por diferentes instancias institucionales, morales e intelectuales en busca de la verdad, agobiado por el desenfreno del mundo, se da cuenta que ese no es el camino, sin embargo, en un alto en el camino aparece la iluminación de Dios por medio de los textos sagrados, "Toma y lee, Toma y lee", donde San Agustín tiene el primer acercamiento verdadero con la palabra de Dios, "Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias" (Rom. 13, 13-14), la sombra de San Pablo lo acompañará a lo largo de sus días subsiguientes.

Orlando Enar David Solarte

"Y eres tú mismo quien estimula al ser humano a que halle satisfacción alabándote, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti".
(Conf. I, I, I)



Una mirada Agustiniana para el hombre Colombiano

Orlando Enar David Solarte



Universidad de la
Amazonia
Valdivia, Manabí

VICERECTORÍA DE INVESTIGACIONES
**EDITORIAL UNIVERSIDAD
DE LA AMAZONIA**



Orlando Enar David Solarte, nació en Santiago Putumayo, en el año de 1974. Se graduó como Bachiller Académico en el Colegio Seminario Misional de Sibundoy Putumayo. Es Licenciado en Filosofía y Licenciado en Teología de la Universidad Mariana, Diplomado en Socio-Anthropología de la Universidad Mariana a Magíster en Etnoliteratura de la Universidad de Nariño, Master in Sociology de la Atlantic Internacional University de Honolulu-Hawai EE. UU y Doctorando en Filosofía en la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín.

Trabajó como docente e investigador de tiempo completo en la Universidad Mariana de Pasto Nariño, en el periodo del 2007 a 2009.

Actualmente trabaja en la Universidad de la Amazonia de Florencia Caquetá, como docente e investigador ocasional tiempo completo de la Facultad de Ciencias de la Educación en el Programa de Licenciatura en Ciencias Sociales.